

Selección



SOLO MAYORES DE 18 AÑOS

JOSEPH BERNA

CON EL DEMONIO NO SE JUEGA


ST
SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

329 — Entre tinieblas, *Lou Carrigan*.
330 — La noche es de los zombies, *Ralph Barby*.
331 — La casa hecha con sangre, *Clark Carrados*.
332 — La hija del bosque, *Ralph Barby*.
333 — El circo del horror, *Adam Surray*.

JOSEPH BERNA

CON EL DEMONIO NO SE JUEGA

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 334
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 18.207 - 1979
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: julio, 1979

Concedidos derechos exclusivos *a* favor
de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1979

CAPITULO PRIMERO

Jerry Flavin detuvo su coche, un «Mercury», color café, frente a la casa de Olivia Grant. Tupido césped...

Cuidados setos... Abundantes flores... Una casa preciosa. Y cara...

Pero Olivia Grant podía permitirse ese lujo.

Era escritora, y su último libro, titulado: «¡A Satán le gusta el whisky!», iba ya por la octava edición.

Había sido traducido, además, a catorce idiomas. Sí.

«¡A Satán le gusta el whisky!», estaba siendo una mina. Un auténtico filón de oro.

Olivia Grant estaba ganando más dinero con él, que con todos sus libros anteriores juntos.

La razón de su extraordinario éxito estribaba, sin duda, en el radical cambio de estilo que se había operado en la escritora.

Todos sus libros anteriores, sin excepción alguna, habían sido obras más bien dramáticas, con apenas Unos destellos de humor.

En «¡A Satán le gusta el whisky!», sin embargo, sucedía todo lo contrario. Las escenas dramáticas brillaban por su ausencia.

Todo era humor.

Y humor del bueno.

La obra, desde su primera página hasta la última, era una sucesión de hechos a cuál de ellos más ingenioso y más divertido.

El protagonista principal, como ya se desprendía del título de la obra, era Satán.

Un Satán totalmente distinto al descrito y utilizado por los demás autores hasta entonces.

Simpático. Alegre.

Bonachón...

No tenía ningún defecto, si se exceptuaba el que ya revelaba el título de la obra: que le gustaba demasiado empinar el codo.

Era lo mejor de la obra, las continuas borracheras que pillaba el demonio, y que le obligaban a cometer los actos más cómicos y disparatados.

Los lectores se reían tan a gusto en esas escenas, que a muchos de ellos se les saltaban las lágrimas.

Lógico y comprensible, pues, que tanto Olivia Grant como su editor deseasen repetir el éxito alcanzado con «¡A Satán le gusta el whisky!».

La escritora ya estaba preparando un nuevo libro. Humorístico, naturalmente.

Y con Satán de protagonista principal.

Era lo que el público esperaba, y Olivia Grant y su editor lo sabían.

Esto, la preparación de un nuevo libro con aquel Satán tan particular de personaje estelar, era lo que había llevado a Jerry Flavin a casa de la ya

popularísima escritora.

Jerry era periodista, e iba a realizar un reportaje sobre Olivia Grant. Ese era su deseo al menos.

Sabía que encontraría dificultades, pues Olivia Grant había tenido que someterse a numerosas entrevistas y reportajes últimamente y era lógico que ya estuviese un poco harta de responder a tanta pregunta.

Jerry sabía de algunos colegas suyos a los que la famosa escritora les había dado con la puerta en las narices, o poco menos.

¿Correría él la misma suerte...?

No tardaría en averiguarlo, pues ya estaba pulsando el timbre de la puerta. Jerry se centró el nudo de la corbata.

Era su mejor corbata.

También se había puesto su mejor traje. Y su mejor camisa.

Y sus mejores zapatos.

Y sus mejores calcetines.

Y, por si acaso, su mejor «slip».

Olivia Grant era una mujer joven todavía, sólo tenía treinta y dos años. Y era bastante atractiva.

Como, por otra parte, él era un tipo atlético y no mal parecido, cuatro años más joven que ella, no se sabía cómo podía acabar la cosa.

De cualquier modo, era importante causarle una buena impresión a Olivia Grant, que no viera en él a otro periodista más, sino a un hombre moreno y de aspecto varonil, que deseaba charlar con ella de sus cosas, profesionales o no.

Si lo conseguía, el reportaje era cosa hecha. Y, si lo otro se ponía a tiro, él no diría que no.

Jamás había rechazado a una mujer, si ella valía la pena.

Y, de que Olivia Grant valía la pena, no cabía ninguna duda.

Jerry Flavin frunció ligeramente el ceño, al ver que pasaba el tiempo y nadie acudía a abrir.

¿Habría salido la escritora, tal vez...? No, no podía ser.

Se veía luz en el interior de la casa. Jerry apretó de nuevo el timbre.

Y lo mantuvo así algunos segundos.

Tal vez demasiados, a juzgar por la cara que puso

Olivia Grant cuando abrió la puerta y lo pilló así, con la yema del dedo índice oprimiendo el botón.

—¿Se le ha pegado el dedo al timbre? — gruñó la escritora. Jerry respingó.

—¡Oh!, le ruego que me disculpe, señorita Grant —carraspeó, apresurándose a retirar el dedo del botón—. Como llamé una vez, y no acudía nadie a abrir...

—La sirvienta tiene la tarde libre, estoy sola en casa. Me hallaba en mi despacho, trabajando. Le oí llamar la primera vez, pero hay un buen trecho desde mi despacho hasta la puerta — explicó Olivia Grant —. De haber sabido que era usted tan impaciente, me habría puesto unos patines — añadió, sarcástica.

Jerry se mostró afligido.

—No sabe usted cómo lo siento, señorita Grant.

—Olvídelo.

—Dígame que me perdona de todo corazón o me corto el dedo. Olivia Grant no pudo reprimir una sonrisa.

—Tampoco es para tanto, hombre.

—He cometido una incorrección, lo sé. La escritora sonrió con más amplitud.

—No se mortifique más, y haga como yo. A lo hecho, pecho.

Y qué pecho.

Erguido... Armonioso... Desafiante...

En ese aspecto, Olivia Grant parecía tener veintidós años, en lugar de treinta y dos.

Iba en bata y zapatillas, y su larga mata de pelo castaño, suave y brillante, le caía sobre los hombros como una cascada.

Jerry la encontró realmente deseable.

—Tiene usted una sonrisa maravillosa, ¿no lo sabía?

—dijo, sonriendo suavemente a su vez.

—Es usted muy galante, señor...

—Flavin; Jerry Flavin — se presentó el periodista.

—¿En qué puedo servirle, señor Flavin?

—Si no me llama Jerry, me voy. Olivia Grant rió.

—Es usted un tipo muy simpático, Jerry.

—No tanto como el Satán de su obra, señorita Grant.

—Olivia a secas, por favor — rogó la escritora.

—Gracias, Olivia.

—¿Ha leído usted «¡A Satán le gusta el whisky!», Jerry?

—Por supuesto.

—¿Y le ha gustado?

—Gustado es poco, Olivia. Me ha encantado. Hacía años que no me divertía tanto leyendo un libro, puede creerme.

—Es usted muy amable, Jerry — agradeció la escritora, que cada vez miraba con mejores ojos al periodista.

Jerry Flavin rogó:

—¿Puede concederme unos minutos, Olivia?

—¿Desea hablar conmigo?

—Sí, a eso he venido.

Olivia Grant sonrió encantadoramente.

—Si no es usted periodista, adelante — invitó, haciéndose a un lado. Jerry se quedó donde estaba, con un gesto muy significativo.

La sonrisa se fue borrando del rostro de la escritora.

—¿Lo es, Jerry...? — murmuró, desilusionada. El periodista asintió levemente con la cabeza.

—Lo soy, Olivia.

—Y ha venido a hacerme una entrevista para su periódico, claro.
—Si usted tiene la gentileza de concedérmela.
Olivia Grant compuso una mueca.
—Estoy cansada de tanta entrevista, Jerry.
—Lo sé.
—¿Por qué ha venido, entonces? Le supongo enterado de que últimamente no concedo ninguna.
—Sí, estoy enterado.
—¿Y qué le hace pensar que a usted sí voy a concedérsela?
—Yo voy a hacerle una entrevista distinta, Olivia.
—Eso es lo que dicen todos, pero luego...
—En mi caso es verdad, usted misma lo comprobará, si me da la oportunidad.
—Tengo mucho trabajo, Jerry.
—Sólo le robaré unos minutos, se lo prometo —insistió el periodista, componiendo su mejor sonrisa.
Olivia Grant dio un respingo.
—De acuerdo, pase usted. Pero como empiece a hacerme las mismas preguntas que sus compañeros, le despediré en el acto, se lo advierto.
—Ya verá cómo no, Olivia —aseguró Jerry, con aquella sonrisa que ponía tiernas a las mujeres más frías y duras.
—Vamos, entre.
Jerry penetró en la casa.
—Hablaremos en mi despacho —dijo la escritora.
—Donde quiera usted.
—Disculpe que vaya en bata, pero trabajo más cómodamente así.
—Oh, no tiene por qué disculparse, Olivia. Está usted en su casa, y puede ir como le apetezca.
—Acompáñeme, Jerry.
—Al fin del mundo, si quiere —dijo por lo bajo el periodista, y siguió a Olivia Grant. El despacho de la escritora, en efecto, estaba algo distante de la puerta.
Una vez en él, Olivia Grant indicó:
—Siéntese en el sofá, Jerry.
—Gracias.
—¿Qué le apetece beber?
—Oh, nada, no se moleste, Olivia.
—¿Le gusta el whisky? —preguntó la escritora, desoyendo la negativa del periodista.
—Sí, aunque no tanto como a Satán — sonrió Jerry.
Olivia Grant rió.
—Mi Satán es un borrachín —dijo, mientras escanciaba whisky en un par de copas—. ¿Hielo o soda, Jerry?
—Soda, por favor.

Olivia Grant acabó de preparar las bebidas y se sentó junto al periodista, ofreciéndole una de las copas.

—Gracias —sonrió Jerry, dando una fugaz mirada a las bonitas piernas de la escritora, generosamente exhibidas, pues se le había entreabierto la bata al sentarse.

Olivia Grant no pareció darle importancia al hecho, pues no se cerró la bata. Mejor.

Así la entrevista aún sería más agradable.

La escritora tomó un sorbito de whisky y dijo:

—Vengan esas preguntas tan originales que me prometió, Jerry.

—Ahí va la primera. ¿Cree usted en la existencia del demonio, Olivia? Olivia Grant abrió la boca.

—¿Que si creo en...? ¡Oiga, eso no me lo había preguntado nadie!

—Ya suponía que no —sonrió Jerry.

—¿Y por qué me lo pregunta usted?

—Me parece interesante, teniendo en cuenta que el protagonista de su libro de más éxito, es Satán, y que también lo será en su siguiente libro, si no estoy mal informado.

—No, no está mal informado. Satán vuelve a ser el protagonista principal en el libro que estoy escribiendo —confirmó la escritora.

—¿Cree usted en su existencia o no?

—No; rotundamente no.

—Ya lo suponía.

—¿Por qué lo suponía?

—En su libro, presenta usted un Satán cómico, ingenuo, incluso un tanto ridículo, en algunas escenas. Parece que se burla de él.

—Y así es en realidad.

—Eso es lo que me hacía sospechar que usted no cree en la existencia del demonio. Es obvio que, si creyera en ella, no se habría atrevido a tratarle así en un libro.

—¿Por qué no?

—Por temor a una respuesta suya, naturalmente. Olivia Grant se echó a reír.

—¿Una represalia del demonio...?

—Los que creen en su existencia, aseguran que..!

—¡Esa gente está chiflada!

—¿Usted cree?

—¡Claro! Satán es un mito, una leyenda; jamás ha existido. Como tampoco existió el dios Apolo, la diosa Afrodita, Zeus, Eros, Poseidón, Hércules, Júpiter, Diana, Minerva, Baco, y tantos otros personajes mitológicos.

Jerry Flavin no rebatió la categórica afirmación de la escritora. Se limitó a ingerir un sorbo de whisky.

Luego, extrajo sus cigarrillos e invitó a Olivia Grant.

Cuando ya los dos hubieron encendido sus respectivos pitillos, la escritora lo miró fijamente e interrogó:

—¿Acaso cree usted en la existencia del demonio, Jerry?

—Pues, no sabría qué decirle... Yo, desde luego, no ' me atrevería a desafiarle, por si las moscas.

Olivia Grant volvió a reír.

—¿Qué teme usted, que se le aparezca de pronto y le embista con sus cuernos o le sacuda con el rabo?

—Tal vez — sonrió Jerry.

—No hay ningún peligro, Jerry, se lo aseguro. Todo lo que cuentan las gentes que creen en Satán y le rinden culto, es falso. Son historias que se inventan ellos para asustar a quienes no creen en el demonio. El satanismo es un cuento chino, una excusa para justificar orgías sexuales y aberraciones de todo tipo, créame.

Jerry Flavin tomó otro sorbo de whisky. Olivia Grant le imitó e invitó:

—Vamos, siga preguntándome más cosas, Jerry.

—¿Ha cenado ya?

—¿Cómo?,—pestañeó la escritora.

—Que si ha cenado ya. Olivia Grant rió nuevamente.

—¡Caramba!, eso tampoco me lo había preguntado ningún periodista.

—Es que yo soy un periodista muy especial — sonrió Jerry.

—Ya me doy cuenta, sí.

— No ha cenado, ¿verdad?

—No, es un poco pronto para mí. Yo suelo cenar de ocho y media a nueve. Y, a veces, aún más tarde. Me enfrasco con mi trabajo, y...

—¿Quiere cenar conmigo esta noche, Olivia?

—¿Me está invitando? — sonrió coquetamente la escritora. Jerry asintió con la cabeza.

—Me dará una gran alegría si acepta.

—¿Lo mencionará en el reportaje?

—¿Que cenamos juntos?

—Sí.

—No, si usted no quiere. En realidad, no la invito como periodista, sino como hombre que ha quedado impresionado por su belleza. Si sólo deseara hacerle preguntas, se las haría ahora, en su casa.

—Me halaga, oírle decir eso, Jerry.

—¿Acepta, Olivia?

—Sí, cenaré con usted.

—Magnífico.

—Pero tardaré una hora por lo menos en estar arreglada. Aún tengo que bañarme, y...

—Oh, no se preocupe por eso, puede tomarse todo el tiempo que quiera. A mí tampoco me gusta cenar pronto.

—¿De verdad no le importa tener que esperar una hora?

—En absoluto. Aprovecharé ese tiempo para visitar a un viejo amigo que vive cerca de aquí.

—Excelente idea —dijo Olivia, dejando la copa sobre la mesa ratona y el resto del cigarrillo en el cenicero.

Jerry Flavin la imitó.

Se pusieron ambos en pie y salieron del despacho. Olivia Grant acompañó al periodista hasta la puerta.

—Antes de una hora estaré de nuevo aquí, Olivia.

—Estaré lista, Jerry.

Jerry Flavin salió de la casa, montó en su reluciente «Mercury», y lo puso en movimiento, alejándose con él.

CAPITULO II

Olivia Grant esperó a que el «Mercury» de Jerry Flavin se perdiera de vista.

Entonces, cerró la puerta y se dirigió a la escalera. Subió los peldaños con una amplia sonrisa en los labios.

Estaba contenta.

Jerry Flavin era el primer periodista que le había caído bien.

¿Sería porque él, físicamente, también estaba muy bien? No, no era sólo por su físico.

Ella había tenido proposiciones de hombres más apuestos incluso que Jerry Flavin, y las había rechazado. Jerry tenía un no sé qué que la atraía.

Quizá fuera su mirada, serena y penetrante. O su sonrisa, alegre y contagiosa...

En fin, no importaba lo que fuese. Le gustaba y basta.

Cenaría con él.

Y bailaría con él, si él se lo pedía.

Y haría el amor con él, aunque él no se lo pidiera. Ya se encargaría ella de que él lo deseara.

Sí.

Aquélla iba a ser una noche inolvidable. Y tan inolvidable.

Aunque por muy distintos motivos.

Olivia Grant entró en su dormitorio y encendió las luces.

Sin cerrar la puerta de la habitación, se dirigió al cuarto de baño y abrió los grifos de la circular bañera.

Mientras la bañera se llenaba, Olivia abrió el armario ropero y escogió el vestido que iba a ponerse, así como también la ropa interior.

Una ropa interior muy sugerente, por cierto.

Olivia sonrió maliciosa mientras la dejaba sobre la cama, porque ya se imaginaba a Jerry Flavin bajándole la cremallera del vestido y haciendo que éste le resbalara suavemente por el cuerpo hasta caer blandamente al suelo.

Ella quedaría en combinación. Corta y transparente.

Y, bajo tan tentadora prenda, sólo la minúscula braguita de encaje.

¿Le gustaría a Jerry todo lo que la atrevida combinación le permitiría contemplar...? Olivia estaba segura de ello.

Si ella le había gustado en bata, ¿cómo no iba a gustarle prácticamente desnuda? Olivia Grant se introdujo de nuevo en el cuarto de baño.

La bañera ya estaba casi llena.

Olivia se dispuso a despojarse de la bata.

En el instante en que se soltaba el cinturón, las luces se apagaron bruscamente.

Olivia rezongó una maldición, pues pensó que se habían fundido los fusibles, y no tendría más remedio que bajar al vestíbulo y cambiarlos.

Contrariada, se ató nuevamente el cinturón y salió del cuarto de baño.

Por fortuna, el balcón estaba abierto y entraba luz suficiente en el dormitorio, pues la noche era clara y luminosa.

Olivia se hallaba tan sólo a dos metros de la puerta, cuando ésta se cerró bruscamente. Como impulsada por una mano invisible.

Olivia se quedó quieta. Pero no sintió miedo. Todavía no.

Empezó a sentirlo cuando intentó abrir la puerta y vio que ésta había sido cerrada por fuera.

Olivia la golpeó con el puño.

—¿Quién está ahí? — Gritó—, ¿Por qué me ha encerrado? Nadie le respondió.

Olivia Grant repitió los golpes, con más furia que antes.

—¡Abra quien sea! ¡Abra inmediatamente o llamo a la policía! La amenaza no surtió ningún efecto.

Olivia corrió hacia el teléfono, que descansaba sobre la mesilla de noche, atrapó el auricular y se lo pegó al oído.

Un ramalazo de frío le estremeció el cuerpo al comprobar que el aparato no daba señal alguna.

Olivia, aterrada, golpeó el teléfono. No sirvió de nada.

Había sido inutilizado por la misma persona que había quitado los fusibles y luego la había encerrado en la habitación.

¿Con qué propósito?

¿Robarle las cosas de valor que tuviera en la casa, tal vez? Parecía lo más probable.

Si quisiera hacerle algún daño a ella, no la habría encerrado en la habitación, sino que la hubiese sorprendido en ella.

O en el cuarto de baño.

Convencida, pues, de que se trataba de un robo, Olivia Grant fue hacia el balcón.

Se deslizaría por él hasta el suelo, sacaría su coche del garaje, y correría a avisar a la policía.

Cuando estaba a punto de alcanzar el balcón, las puertas se cerraron de golpe, dejando la habitación en la más completa oscuridad.

Olivia no pudo contener un grito de terror.

Un instante después, se abalanzaba materialmente sobre las puertas del balcón. No pudo abrirlas.

Alguien debía estar sujetándolas, pues aquellas puertas no podían cerrarse por fuera, carecían de cerrojo exterior.

Y ese alguien tenía mucha fuerza.

Olivia descargó sus puños sobre las puertas.

—¡Abra, maldito! ¡Déjeme salir!

De pronto, Olivia Grant se vio arrancada literalmente del balcón.

Con una fuerza increíble.

Como lanzada por una racha de viento huracanado. Cayó al suelo y rodó

por él.

Olivia quedó tendida de espaldas. Absolutamente inmóvil.

No se atrevía a levantarse. Ni siquiera a respirar.

Con sus dilatados ojos, intentó traspasar la oscuridad y descubrir a la persona que la había tirado al suelo de aquella manera tan violenta.

No pudo ver nada.

Pero Olivia sabía que estaba allí. En la habitación.

Frente a ella.

Dispuesta a atacarla de nuevo.

Súbitamente, una mano que ella no pudo ver le rompió el cinturón de la bata. Olivia chilló.

Empezaba a sospechar que el tipo a quien la oscuridad de la habitación le impedía ver, pretendía abusar de ella.

Sus sospechas parecieron confirmarse cuando sintió que la bata le era materialmente arrancada del cuerpo.

Olivia Grant quedó prácticamente desnuda. Sólo conservaba el pantaloncito.

La aterrorizada Olivia gateó por el suelo, tratando de ponerse fuera del alcance del maníaco sexual, al tiempo que se preguntaba cómo diablos podía él verla a ella, si la oscuridad era absoluta.

Tan absoluta, que ella ni siquiera podía vislumbrar la silueta de él, por mucho que se esforzaba.

El desconocido actuó de nuevo.

Olivia chilló, al notar que el pantaloncito le era arrancado. Gateó más aprisa.

Atolondradamente. Con desesperación.

Su cabeza topó de pronto contra la pared. Con violencia.

Olivia Grant dio ion grito y quedó semiacostada en el suelo. Aturdida por el golpe.

Sacudió la cabeza, intentando recobrar su lucidez. Y lo consiguió.

Aunque más le hubiera valido no recobrarla, porque lo que ocurrió después fue como para volverse loca de horror.

CAPITULO III

Jerry Flavin frenó su coche delante de la casa de Olivia Grant. Faro el motor y consultó su reloj.

Habían transcurrido sólo cuarenta minutos desde que él abandonara la casa de la escritora.

Como Olivia Grant había dicho que necesitaría por lo menos una hora para bañarse y arreglarse, Jerry se quedó dentro del coche.

Se fumaría tranquilamente un cigarrillo y luego pulsaría el timbre. Había que agotar diez o quince minutos más.

Habrían transcurrido no más de cinco, cuando otro coche se detuvo cerca de la casa. Jerry se fijó en él.

Era un taxi.

La portezuela de atrás se abrió y asomó una pierna. Y qué pierna.

Larga, esbelta, torneada...

Jerry pudo admirarla desde el tobillo hasta casi la ingle, pues su dueña lucía una falda larga, pero con una abertura frontal casi tan larga como la propia falda.

Y, claro, al estirar la pierna para apoyar el pie en el suelo, le quedó toda al descubierto. Hasta su prenda más íntima asomó por la abertura de la falda.

Era de color lila. Muy sugestiva.

La propietaria del escultural remo descendió del taxi. Era morena.

Alta.

Y todo lo demás estaba en consonancia con sus formidables miembros inferiores.

La chica, de apenas veintiún años de edad, caminó resueltamente hacia la casa, con un bolso en la mano derecha y la izquierda sobre la clavícula del mismo lado.

Esto último extrañó a Jerry Flavin, quien salió del «Mercury», La joven morena, al verle, se detuvo.

Jerry le sonrió.

—Hola.

Ella, seria, inquirió:

—¿Quién es usted?

—Jerry Flavin.

—¿Qué hace aquí?

—Soy periodista. Trabajo para «The Boston Herald». La chica esbozó una sonrisa.

—Olivia Grant le ha dado con la puerta en las narices, ¿eh?

—Oh, no, se equivoca, preciosa. La señorita Grant me atendió amablemente.

—¿De veras...? —pestañeó la joven.

—Tan amablemente, que vamos a cenar juntos esta noche.

—¡No!

—Como lo oye.

—¡Olivia Grant cenando con un periodista!

—Sorprendente, ¿verdad?

—¿Cómo diablos lo consiguió? ¿Hipnotizándola, tal vez...?

Jerry sacudió la cabeza.

—No hice ni dije nada especial. La invité, y ella aceptó, eso es todo.

—Si me lo hubieran dicho, no lo habría creído.

—Oiga, ¿le ocurre algo en la clavícula? — preguntó Jerry, porque la chica continuaba con la mano allí.

—Nada.

—¿Y por qué mantiene la mano sobre ella?

—Un tipo me rompió el tirante de la blusa.

—¿En serio...?

—¿Por qué iba a mentirle? Jerry carraspeó.

—En ningún momento pensé que mintiera usted, señorita.

—Ya sé que no, discúlpeme. Es que estoy de un humor de mil diablos, ¿sabe?

—¿Por su incidente con ese tipo?

—Sí.

—¿Qué pasó, la atacó?

—Casi se puede llamar así, sí — suspiró la muchacha —. El tipo me había invitado a salir con él, y yo, que no supe adivinar sus verdaderas intenciones, acepté, porque no era feo y parecía educado. Al poco de haber subido a su coche, el tipo lo detuvo entre unos árboles y empezó a mostrarse atrevido. Que me besara, me pareció normal; que me diera algunos apretoncitos, también; pero que deslizara su mano por entre mis muslos, ya no.

—Caramba, qué tipo tan directo — musitó Jerry.

—Tan sinvergüenza, querrá decir.

—Lo frenó usted, supongo.

—Naturalmente que lo frené. Yo soy una chica decente, Jerry.

—En ningún momento lo he dudado.

—Al tipo no le gustó que lo fuera, ¿sabe?

—Lógico, teniendo en cuenta sus intenciones.

—No eran otras que hacerme el amor en el coche.

—Qué incómodo.

—No se tome la cosa a broma o no le cuento lo que pasó — gruñó la muchacha. Jerry Flavin tosió.

—Disculpe, se me escapó el comentario.

—El tipo insistió — prosiguió la chica.

—¿Con lo de la mano?

—¡Claro, no iba a ser con lo del pie! — se exaltó nuevamente la joven. Jerry volvió a toser.

—Continúe, por favor.

—Lo frené con energía.
—Bien hecho.
—No sirvió de nada, pues él volvió a la carga con más energía todavía, y consiguió tumbarme en el asiento.
—Que brusco.
—Fue entonces cuando me rompió el tirante de la blusa.
—Quería quitársela, ¿eh?
—Arrancármela, más bien.
—¿No lleva nada debajo?
—¿Ya usted qué le importa?
Jerry carraspeó nerviosamente.
—Perdone, sólo trataba de ponerme en el lugar del tipo.
—Pues no se ponga, o le haré lo que le hice a él.
—¿Qué le hizo a él?
—Le clavé una rodilla entre los muslos y lo enfrié instantáneamente.
—Yo hubiera hecho lo mismo.
—A usted no lo hubiera tumbado en el asiento, es un hombre.
—Oiga, no me líe.
—¿Quién está liando a quién?
—Yo me había puesto en su lugar, en el de usted.
—¿Y por qué tiene usted que ponerse siempre en el lugar de los demás?
—Es una forma de hablar, demonio.
—Muy difícil de entender, reconózcalo.
—En absoluto. Lo que pasa es que usted... La joven morena apretó los labios.
—¿Va a decirme que soy cerrada de mollera?
—No, no iba a decir tal cosa.
—Bien, entonces sigo contándole lo del tipo. ¿Dónde me quedé?
—El la había tumbado en el asiento, intentaba arrancarle la blusa, y usted acababa de atizarle un rodillazo entre las piernas que lo enfrió en el acto.
—El tipo aulló como un coyote.
—Normal.
—Se encogió como un gusano.
—Era un gusano.
—Yo me incorporé y traté de salir del coche.
—¿Lo consiguió?
—No. El tipo alargó su zarpa y me cogió el tobillo.
—Le gustaba todo lo suyo, no hay duda.
—¡No me cogió el tobillo porque le gustase, sino para que no huyera!
—Oh, entiendo. ¿Y qué hizo usted...?
—Me revolví y le estrellé el bolso en la cara.
—¿Sirvió de algo?
—Le destrocé la nariz y él se vio obligado a soltarme el tobillo, para cogerse la napia, que ya chorreaba sangre.

—Sí que sirvió, pues.
—Salí del coche.
—¿Y el tipo...?
—Intentó seguirme, pero yo cerré la puerta de golpe y se la pillé.
—¿La qué?
—La mano.
—Que amargo se quedaría.
—Le oí llorar como un niño.
—Se le fueron las ganas de seguirla, ¿no?
—Por completo.
—Claro. Con la mano triturada, la nariz destrozada, y los genitales machacados, ¿adónde iba a ir?
—Al hospital.
—Sí, seguro que está allí — sonrió Jerry.
—En la cárcel, debería estar — rezongó la joven.
—Todavía no me ha dicho su nombre...
—¿El del tipo?
—El suyo.
—Me llamo Margaret; Margaret Durren.
—¿Es amiga de Olivia Grant?
—Soy su sirvienta.
—¿Su... sirvienta? — parpadeó Jerry.
—¿Por qué pone esa cara?
—Bueno, es que no tiene usted aspecto de sirvienta... —carraspeó el periodista.
—Porque es mi tarde libre, y no voy vestida de tal.
—Aunque la viera de uniforme, seguiría opinando igual. La joven sonrió ligeramente.
—Tiene usted razón, Jerry. En realidad, sólo hace dos semanas que estoy al servicio de Olivia Grant, y éste es mi primer empleo como sirvienta. Necesitaba trabajar, de lo que fuera, y esto fue lo único que encontré. No es tan malo, ¿sabe? La señorita Grant me trata con respeto y se muestra generosa conmigo. Estoy contenta en su casa.
—Me alegro, Margaret.
—¿Por qué espera aquí afuera?
—Acababa de llegar cuando descendió usted del taxi.
—¿Me vio bajar?
—Sí, claro.
—Entonces, también me vio la pierna.
—Ligeramente — tosió Jerry.
—Ese es el inconveniente de llevar faldas abiertas
—rezongó Margaret.
—O la ventaja, según se mire.
—No sea sinvergüenza.

—No lo soy, pero confieso que me gusta contemplar un buen par de piernas femeninas.

—Todos los hombres son igual — gruñó la joven, y caminó hacia la puerta de la casa. Jerry fue tras ella.

Margaret abrió su bolso y extrajo una llave.

Para ello, se vio obligada a retirar la mano de su clavícula izquierda, pues las necesitaba las dos.

El tirante roto le cayó y buena parte del seno le quedó al descubierto, porque no llevaba sujetador.

Aunque Jerry se hallaba tras ella, la joven se apresuró a subirse el tirante. Abrió la puerta con la otra mano.

Penetraron los dos en la casa. Margaret cerró la puerta y dijo:

—Avisaré a la señorita Grant de que está usted aquí.

—Gracias — sonrió Jerry—. Debe estar terminando de arreglarse. Margaret Durren subió a la habitación de la escritora. Llamó a la puerta.

—¿Señorita Grant...?

La escritora no respondió. Margaret abrió la puerta.

Al instante, un grito de horror escapó de su garganta.

—¡Jerry...!—chilló, sintiendo que se le doblaban las rodillas.

CAPITULO IV

El grito de Margaret Durren llegó nítidamente a los oídos de Jerry Flavin.

El periodista, alarmado, cruzó el vestíbulo como una bala y se lanzó escaleras arriba, salvando ¡os peldaños de tres en tres.

Vio a Margaret.

Clavada en el umbral de una habitación. Pálida.

Temblorosa.

A punto de desmayarse.

Jerry corrió hacia ella y la sostuvo por los hombros. No fue necesario que le preguntase qué sucedía.

Él lo había descubierto ya.

—Dios del cielo... — musitó, estremecido de horror. Olivia Grant yacía en el suelo, de bruces.

Completamente desnuda. Ensangrentada.

Tenía múltiples heridas, todas ellas en las nalgas.

Lo más horroroso de todo, sin embargo, era la cruz que, en posición inversa, le había sido marcada a fuego en el centro de la espalda.

En la habitación todavía flotaba el inconfundible olor a carne quemada. La carne de Olivia Grant.

Jerry Flavin oprimió los hombros de Margaret Durren.

—¿No te desplomarás si te suelto, Margaret? —le preguntó, tuteándola.

—Me esforzaré por evitarlo —respondió ella, con un hilo de voz. Jerry la soltó y penetró en la habitación.

Lo primero que hizo fue poner su mano en el cuello de la infortunada escritora.

—Está viva, Margaret — informó.

—Dios bendito, menos mal —murmuró la joven, alegrándose infinitamente—. Pensé que estaba muerta.

—Yo también lo temí, pero, gracias a Dios, vive. Aunque su pulso es débil, ha perdido mucha sangre.

—¡Hay que llevarla al Centro Médico, Jerry!

—Sí, y sin pérdida de tiempo. Dame algo "con que cubrirla, Margaret. Su bata está hecha pedazos.

—¡En el armario tiene otras dos!

—Coge una, de prisa.

Margaret Durren corrió hacia el armario.

Su mano izquierda ya no sujetaba el tirante roto de la blusa. Ni se acordaba ella de que lo tenía roto.

Tampoco parecía darse cuenta de que más de la mitad del seno le quedaba al descubierto.

Sólo pensaba en Olivia Grant.

Lo mismo le sucedía a Jerry Flavin.

Por eso no posó su mirada, ni siquiera fugazmente, en el semidesnudo pecho de la joven, no excesivamente abultado, pero firme y bello.

Margaret tomó una de las batas y se la entregó al periodista.

Jerry envolvió con ella el ensangrentado cuerpo de Olivia Grant, la tomó en brazos, y se irguió sin dificultad.

—Vamos, Margaret.

Salieron del dormitorio de la escritora.

Poco después, Jerry Flavin depositaba a la desvanecida Olivia Grant en el asiento trasero de su «Mercury», boca abajo.

Rápidamente se sentó al volante. Margaret Durren ya estaba junto a él.

Jerry accionó la llave de contacto y puso el coche en movimiento, dirigiéndolo a toda velocidad hacia el Centro Médico.

* * *

Durante el trayecto, Jerry Flavin y Margaret Durren no cambiaron una sola palabra, aunque los dos estaban haciéndose mentalmente docenas de preguntas.

¿Quién había atacado a Olivia Grant?

¿Por qué aquéllas crueles heridas, todas ellas en las nalgas?

¿Por qué marcarla a fuego en la espalda, como si se tratase de una res?

¿Y qué significaba aquella cruz, grabada en la carne en posición inversa? Jerry no entendía nada.

Y, Margaret, aún entendía menos que él.

La muchacha seguía pálida, aunque ahora ya se sostenía con la mano el tirante roto.

Se había dado cuenta, al poco de salir de la habitación de Olivia Grant, de que su seno izquierdo quedaba visible, incluso lo más íntimo de él, y rápidamente se subió el tirante y lo mantuvo así, al tiempo que se preguntaba si Jerry Flavin se habría percatado de ello.

Ella, desde luego, no lo sorprendió en ningún momento con la vista fija en su pecho semidesnudo.

El periodista también parecía muy preocupado por lo que le había sucedido a la escritora.

Era un buen tipo, sin duda. Empezaba a sentir afecto hacia él. Llegaron al Centro Médico.

Olivia Grant fue colocada en una camilla por dos enfermeros y trasladada rápidamente a la sala de urgencia, donde fue atendida por Andrew Hammond, uno de los médicos que hacían guardia aquella noche.

Jerry Flavin y Margaret Durren aguardaron en el aséptico corredor, sentados en un banco.

El periodista se metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y extrajo una cajetilla de emboquillados.

—¿Un cigarrillo, Margaret?

—Sí, gracias —aceptó la muchacha.

Jerry sacó su encendedor y lo accionó, acercando la llama al cigarrillo que Margaret ya se había puesto entre los labios.

Luego, encendió él su pitillo.

No guardó el encendedor.

Lo mantuvo en su mano, moviéndolo nerviosamente.

Margaret, siempre con la mano izquierda sobre la clavícula, lo miró.

—No tienes idea de lo que pasó, ¿verdad, Jerry? El periodista movió la cabeza.

—No, no la tengo.

—Esperemos que Olivia se recobre pronto y pueda contarnos lo que sucedió.

—Suponiendo que lo recuerde.

—Sí, claro.

No hablaron más.

Algunos minutos después, el doctor Hammond salía de la sala de urgencia, con gesto preocupado.

Era un hombre de elevada estatura, fuerte, de unos cuarenta y dos años de edad, cabello gris, abundante.

Al verle, Jerry y Margaret se pusieron rápidamente en pie y fueron hacia él.

—¿Cómo está, doctor? —se interesó el periodista.

—Bien, dentro de lo que cabe —respondió el médico

—¿Su vida no corre peligro?

—No, en absoluto.

—Gracias a Dios — respiró hondo Jerry.

—¿Ha recobrado el sentido, doctor? —preguntó Margaret.

—Sí, hace un momento —asintió Hammond.

—¿Y ha dicho quién cometió esa monstruosidad con ella? —interrogó Jerry.

—Sí, eso fue lo primero que hizo.

—¿Quién fue, doctor?

Andrew Hammond inspiró profundamente y respondió:

—Satán.

CAPITULO V

Jerry Flavin y Margaret Durren se quedaron con la boca abierta. Absolutamente estupefactos.

Ninguno de los dos fue capaz de articular palabra. Ni siquiera de pestañear.

El doctor Hammond se pasó la mano por la nuca y rogó:

—¿Pueden darme un cigarrillo, por favor? No llevo encima los míos. Jerry Flavin, maquinalmente, sacó su cajetilla y se la ofreció al médico. Andrew Hammond cogió el cigarrillo y se lo puso en la boca.

Esperó a que el periodista le ofreciera fuego.

Cuando hubo encendido el cigarrillo, y tras lanzar una bocanada de humo hacia el techo, comentó:

—Olivia Grant está trastornada, no hay duda. Debió sufrir tanto en manos de los desalmados que la hirieron salvajemente en las nalgas y le quemaron la espalda, que su mente no razona con normalidad. Todo cuanto dice es absurdo, carece de sentido. Espero y deseo que sea algo pasajero, y recobre pronto el equilibrio mental. De lo contrario, no habría más remedio que internarla en un centro psiquiátrico.

Jerry y Margaret cambiaron una mirada, visiblemente preocupados. El periodista se encaró nuevamente con Andrew Hammond.

—¿Puedo verla, doctor?

—No lo considero conveniente. Estaba tan excitada que hemos tenido que inyectarle un tranquilizante. Lo mejor para ella es que se duerma y descanse. Y eso no tardará en ocurrir.

—Por favor, doctor, déjeme verla —insistió Jerry—. Sólo estaré con ella unos minutos. Tengo la corazonada de que si hablo con ella, sabré qué fue lo que realmente ocurrió.

—¿Por qué no espera hasta mañana por la mañana? Tal vez, entonces, ella ya esté en condiciones de...

—Es importante que hable con ella ahora, doctor, créame. El doctor Hammond dio un suspiro.

—Está bien, pase — autorizó —. Pero sea lo más breve posible, se lo ruego.

—Se lo prometo, doctor. Tú espera aquí, Margaret —rogó Jerry a la muchacha.

—Sí, es mejor que entre usted solo —dijo Hammond, adivinando que Margaret Durren iba a exponer su deseo de ver también a Olivia Grant.

La joven ya no se atrevió a hacerlo.

Jerry Flavin entró solo en la sala de urgencia.

En aquel momento, Olivia Grant estaba siendo acostada, boca abajo, en una cama a cuyas patas habían sido acopladas unas pequeñas ruedas.

Jerry esperó a que los dos enfermeros la cubrieran con la sábana y entonces se aproximó.

Los sanitarios le miraron, con extrañeza. Jerry explicó:

—El doctor me ha autorizado a hablar unos minutos con la paciente.

—Íbamos a trasladarla a su habitación... —murmuró uno de los enfermeros.

—Dentro de un momento podrán hacerlo, no se preocupen.

—De acuerdo, hable con ella — rezongó el otro enfermero—. Pero procure que no se excite. Eso sería malo para ella,

—Descuiden.

Los sanitarios salieron de la sala de urgencia.

Jerry Flavin rodeó la cama, pues Olivia Grant miraba hacia el otro lado.

Tenía los ojos entrecerrados, pero los abrió de golpe al reconocer al periodista.

—¡Jerry!—exclamó, sintiendo que las lágrimas acudían a sus ojos. Jerry Flavin se inclinó y le dio un tierno beso en la mejilla.

—Tranquilícese, Olivia. Ya está fuera de todo peligro.

—¡Fue espantoso, Jerry!

—Si no se calma, entrará el doctor y me echará de aquí. ¿Le gustaría eso, Olivia...? La escritora le cogió la mano y se la apretó.

—No, quiero que esté a mi lado, Jerry.

—Entonces, hable despacio y sin elevar el tono de voz.

—Lo intentaré.

—Bien. Ahora, cuénteme lo que pasó.

Olivia Grant se mordió los labios nerviosamente.

—Tenía usted razón, Jerry.

—¿En qué?

—El demonio existe.

—Yo no dije que existiera, Olivia.

—Pero sí dijo que no se atrevería a desafiarle, por si acaso.

—Es cierto.

—No lo haga nunca, Jerry. Yo me burlé de él, en mi libro, y ya ve las consecuencias. Me destrozó las posaderas con su feroz tridente, y...

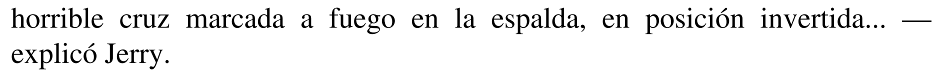
—¿Tridente...? —repitió el periodista.

—Sí, ese tipo de arma que siempre le ponen en la mano al dios Neptuno en las estatuas, a modo de cetro, y que, solían utilizar algunos gladiadores romanos. Una especie de arpón, pero con tres dientes. Satán lo llevaba, y me atacó con él una y otra vez, clavándomelo con saña en las nalgas, hasta que quedé medio desvanecida de dolor y de horror. Entonces, me aplicó un hierro candente en la espalda. Lancé un alarido desgarrador y me desmayé, porque el dolor era insoportable. Cuando desperté, ya estaba en esta sala.

—Margaret y yo la trajimos al Centro Médico.

—¿Margaret...? — pareció extrañarse la escritora.

—Tuvo un incidente con el tipo que la había invitado a salir, y regresó a casa antes de lo previsto. Justo cuando yo volvía a por usted. La encontramos tendida en el suelo de su dormitorio, desnuda y ensangrentada, y con esa


horrible cruz marcada a fuego en la espalda, en posición invertida... — explicó Jerry.

Olivia Grant se estremeció.

—El signo de Satán, del anticristo... — musitó.

—Olivia...

—¿Qué?

—¿Está segura de que fue cosa del demonio?

—Y tan segura.

—¿Lo vio usted?

—Al principio, no, porque él no se dejó ver, actuó sin materializarse. Las luces de la habitación se apagaron súbitamente, la puerta se cerró con brusquedad, sin nadie que la empujara, y lo mismo ocurrió con las puertas del balcón. La oscuridad, entonces, fue absoluta. De pronto, alguien me tiró al suelo, con una fuerza increíble, sobrenatural. Yo no podía ni siquiera distinguir la silueta de mi atacante, pero él me veía perfectamente a mí. Me arrancó la bata, el pantaloncito...

Olivia Grant se tomó un respiro y continuó:

—Yo pensé que se trataba de un maníaco sexual, aunque seguía sin entender cómo yo no podía verlo a él y él a mí sí. Un instante después de haber quedado completamente desnuda, sentí un triple pinchazo en la nalga izquierda. Me produjo un gran dolor, y grité angustiosamente. Casi en seguida, sentí otro triple pinchazo, esta vez en la nalga derecha. Noté como me resbalaba la sangre. Recuerdo que supliqué a mi invisible atacante que no me hiciera más daño, que abusara de mí, si era eso lo que pretendía, pero que no destrozara mi cuerpo con su terrible arma. Fue entonces cuando Satán se materializó... — se estremeció de nuevo, al recordarlo.

—Cuénteme también eso, Olivia — rogó Jerry Flavin.

—Fue horrible, Jerry... Satán es un ser escalofriante, realmente aterrador. Es extraordinariamente alto, corpulento, musculoso... Su piel es roja como la sangre, y está salpicada de pelos gruesos como cerdas, largos y negros. Todo su cuerpo es así, lo sé porque no llevaba ninguna ropa. Su cara, horripilante, expresa toda su crueldad, su insaciable deseo de causar el mal... Tiene la boca grande, los labios muy gruesos, los dientes enormes y afilados, la nariz ganchuda, los ojos oblicuos, negros como el carbón y brillantes como ascuas, las cejas muy espesas, casi juntas... Luego, están los cuernos. Unos cuernos largos y puntiagudos, que le brotan de la frente... Las uñas, tanto de sus manos como de sus pies, están terroríficamente crecidas, y no son blancas, sino negras. Y, su rabo, es largo y grueso, y está rematado por un manojo de pelos, con los cuales parece barrer el suelo cuando lo mueve.

—¿Su cuerpo despedía alguna luz? — inquirió Jerry.

—Sí, su roja piel parece fluorescente, destaca poderosamente en la oscuridad.

—¿Le habló, Olivia?

—Sí...

—¿Cómo era su voz?
—Terrorífica, como todo él.
—¿Qué le dijo?
—Que había venido a castigarme, por haberle ridiculizado en mi libro. Dijo, también, que su primera intención fue matarme, pero que se iba a limitar a pincharme varias veces el trasero con su tridente y a marcarme su signo en la espalda. Quería darme una segunda oportunidad. Sabía que yo estaba preparando un segundo libro con él de protagonista, y que en él iba a tratarle del mismo modo que en el anterior. Me ordenó que cambiara radicalmente el argumento, que no lo describiera como un Satán cómico, bonachón, ingenuo y ridículo, sino como él es realmente: perverso, cruel, diabólico y sanguinario. Si lo hago así, no volverá a molestarme. Pero, si no le obedezco...
—¿Qué?
—Se me aparecerá de nuevo y acabará conmigo del modo más horrible y doloroso que ser humano pueda imaginar.
Sobrevino un silencio.
Jerry Flavin sacó su pañuelo y lo pasó con suavidad por las mejillas de Olivia Grant, húmedas de lágrimas.
—El doctor que me atendió no me creyó, Jerry —murmuró la escritora
—Lo sé.
—Usted sí me cree, ¿verdad, Jerry?
—Por supuesto.
Olivia Grant sonrió levemente.
—Es usted una buena persona, Jerry.
—Gracias — repuso el periodista, devolviéndole la sonrisa.
—¿Vendrá a visitarme, mañana?
—Mañana, y todos los días que permanezca usted aquí.
—Se lo agradeceré mucho.
—Se le cierran los párpados, Olivia.
—Sí, noto que me vence el sueño.
—Duerma, le sentará bien.
Olivia Grant compuso una mueca de dolor.
—Me escuece horriblemente la quemadura de la espalda, Jerry. Y las heridas de las nalgas...
—Mañana se sentirá mucho mejor, ya lo verá.
—Tardaré varios días en poder sentarme.
—Menos de los que se imagina.
—¿Quiere darme un beso, Jerry? El periodista se lo dio.
En los labios. Muy suave.
—Con lo bien que esperaba pasarlo yo con usted esta noche... — suspiró la escritora, medio dormida ya.
—Quedan muchas noches, Olivia.
—Sí, es verdad.
—Duérmase.

—Sí...
Olivia Grant cerró los ojos. Ya no los abrió.
Se había dormido profundamente.
Jerry Flavin se irguió y abandonó la sala de urgencia.

CAPITULO VI

El doctor Hammond, que continuaba junto a Margaret Durren, hizo una seña a los dos enfermeros y éstos penetraron en la sala de urgencia, para conducir a Olivia Grant a la habitación que le había sido designada.

—¿Cuál es su impresión, señor Flavin? — preguntó el médico. El periodista lo miró fijamente.

—Olivia Grant dice la verdad, doctor.

—Oh, vamos, señor Flavin...—sonrió Hammond—. ¿De veras cree usted que fue Satán quien...?

—Satán, o alguien disfrazado de tal. Andrew Hammond dejó de sonreír.

—Eso ya me parece más posible, ¿ve?

—En cualquier caso, Olivia Grant no desvaría. Ella cuenta lo que realmente vio. Que fuera el demonio en persona, o alguien disfrazado de tal, es algo que debe averiguar la policía — opinó Jerry Flavin.

—Ya está en camino —comunicó Hammond.

—¿La avisó usted?

—Era mi obligación. Olivia Grant había sido atacada, y... Mire, ahí llega la policía — señaló el médico.

Jerry y Margaret volvieron la cabeza.

Dos hombres caminaban hacia ellos, con paso firme. El teniente Brannon y el sargento Dyson.

Dos tipos altos y fornidos, especialmente el segundo, que tenía cara de pocos amigos. El teniente Brannon tenía las facciones más agradables.

Después de saludar al doctor Hammond, a quien ambos ya conocían, el teniente Brannon observó a Jerry Flavin y Margaret Durren.

—Ustedes encontraron a Olivia Grant, ¿no?

—Así es, teniente — asintió el periodista.

—Cuéntenmelo todo. Jerry lo hizo.

También le refirió lo que le había contado la escritora, apenas unos minutos antes. Con todo detalle.

El teniente Brannon quedó pensativo. Pensativo... e impresionado.

El sargento Dyson también se hallaba impresionado. Y Margaret Durren, aún más que ellos.

Brannon miró a Hammond.

—¿Podemos interrogar a Olivia Grant, doctor Hammond?

—Se ha dormido — informó Jerry.

—Le inyectamos un tranquilizante —explicó el médico—. Me temo que, hasta mañana, no podrán ustedes hablar con ella, teniente Brannon.

—Bien, por la mañana volveremos.

—¿Van a ir ustedes a casa de Olivia Grant, teniente? —preguntó Jerry.

—Por supuesto —asintió Brannon—. Tal vez encontremos alguna prueba que demuestre que Olivia Grant fue atacada por un psicópata, disfrazado de

Satán.

—Tuvo que ser así —opinó el doctor Hammond—. Satán no existe —afirmó, muy convencido.

—Yo, desde luego, no lo he visto nunca — sonrió Brannon.

—Ni lo verá — sonrió también Hammond.

—Una pregunta, doctor. ¿Fue forzada Olivia Grant por su atacante?

—No, no hay el menor rastro de violación.

—Gracias, doctor Hammond. Nos veremos mañana.

—Buenas noches, teniente.

El teniente Brannon y el sargento Dyson echaron a andar.

Jerry Flavin y Margaret Durren se despidieron del doctor Hammond y también ellos abandonaron el Centro Médico.

* * *

Acomodados ya dentro del «Mercury» del periodista, Jerry Flavin preguntó:

—¿Adónde quieres que te lleve, Margaret? Margaret Durren bajó la mirada.

—No tengo dónde ir, Jerry.

—¿No tienes ningún familiar en Boston?

—Yo no soy de aquí, vine en busca de trabajo. Como tardé unos días en encontrarlo, agoté los pocos ahorros que traía. El sueldo de la semana pasada, ya lo gasté, y el de ésta debía cobrarlo mañana, así que estoy sin blanca, como vulgarmente se dice. Como no me prestes tú algunos dólares para pagar una habitación, tendré que dormir en un banco del parque.

Jerry sonrió.

—Tengo una idea mejor, Margaret.

—¿Que dormir en un banco del parque?

—Que prestarte dinero.

—¿Cuál?

—Te llevaré a mi apartamento. Margaret se quedó mirándolo.

—¿No será peligroso?

—¿A qué te refieres?

—No te hagas el tonto, de sobra sabes a qué me refiero. Jerry volvió a sonreír,

—No intentaré seducirte, si es eso lo que temes.

—¿Seguro que no?

—Te doy mi palabra.

—Por tu bien espero que la cumplas.

—Descuida, no me gustan los rodillazos entre los muslos — rió Jerry. Margaret también rió.

Jerry Flavin puso el coche en marcha. Al poco, Margaret Durren preguntó:

—¿Cuál es tu opinión, Jerry?

—¿Sobre las píldoras anticonceptivas? Pues, me parece un gran invento, porque...

—Déjate de bromas —gruñó la joven.

—De acuerdo, hablemos en serio — sonrió Jerry.

—¿Crees que fue Satán quien atacó a Olivia Grant, o un psicópata disfrazado de demonio?

—Me inclino por lo segundo. Aunque hay algunos puntos que parecen descartar esta posibilidad.

—¿Como por ejemplo...?

—Según Olivia, la habitación quedó completamente a oscuras, ella no podía ver a su atacante, pero éste sí la veía perfectamente a ella. ¿Cómo te explicas eso?

—No tengo idea.

—También encuentro raro que, si el atacante era un psicópata, no abusara de Olivia. La había dejado desnuda, y Olivia Grant es una mujer hermosa y deseable. Y el atacante también estaba desnudo, no lo olvides. Sin embargo, no se aprovechó de ella.

—Quizá no le gusten las mujeres...

—No sé, no lo encuentro lógico. Como tampoco que sólo le pinchara las nalgas con su tridente.

—Eso es lo que se dice que hace el demonio con los seres que, al morir, van al Infierno: pincharles en el trasero. Y, claro, si se trataba de un loco que se cree Satán...

—Confiemos en que la policía lo averigüe — suspiró Jerry.

* * *

Minutos después, entraban en el apartamento del periodista. Jerry Flavin preguntó:

—¿Has cenado ya, Margaret?

—No —respondió la muchacha.

—¿Tienes apetito?

—Muy poco.

—No debes acostarte con el estómago vacío. Prepararé unos emparedados para los dos.

—Déjame que los prepare yo.

—¿Con una mano sobre la clavícula...? —sonrió guasonamente el periodista.

—Si la retiro, se me cae el tirante y muestro el seno —rezongó la joven.

—¿Poco o mucho?

—Casi todo.

—Oh, entonces será mejor que te pongas una camisa mía.

—Excelente idea — sonrió Margaret.

—Voy por ella.

Jerry se introdujo en su dormitorio, saliendo de él poco después con una floreada camisa de manga corta, muy ligera.

—Aquí tienes, Margaret.

La joven tomó la camisa y la miró al trasluz.

—¿No es demasiado... fina?

—Así no te dará calor — sonrió Jerry.

—Claro.

—Aquello es el cuarto de baño —indicó el periodista—. Puedes cambiarte allí.

—Lo haré aquí mismo, si te das la vuelta —repuso la muchacha.

—Como quieras.

Jerry le dio la espalda y Margaret procedió a sacarse la blusa, quedando con el pecho desnudo.

Sólo fue un instante, porque en seguida se puso la camisa del periodista. A Jerry le hubiera gustado que tardase un poco más.

Sí, porque frente a él, colgada en la pared, había una fotografía enmarcada del equipo de rugby de la Universidad, del que Jerry formó parte en su época de estudiante, y en cuyo cristal se reflejaba, con bastante nitidez y gracias a la luz del techo, la deliciosa imagen de Margaret.

¿Estuvo feo que la viera cambiarse por el cristal...? Sí, tal vez.

Pero lo que él vio no tenía nada de feo.

Margaret podía sentirse orgullosa de poseer unos senos tan hermosos.

—Ya puedes volverte, Jerry — indicó la muchacha. El periodista se dio la vuelta y la contempló.

—Me queda como un saco, ¿no? —dijo ella, mirándose.

—Bueno, tanto como eso...

—Evitaré ponerme al trasluz, porque ge me vería todo. Sin estarlo, ya se me ven cosas

—No se te ven, se te señalan —carraspeó Jerry, la vista fija en los dos provocativos puntos marcados en la delgada tela.

—Mira hacia otro sitio, haz el favor —gruñó Margaret. Jerry rió.

—Prepara los emparedados, anda. Ahí tienes la cocina, Margaret se metió rápidamente en ella.

* * *

Jerry Flavin se comió dos emparedados.

Margaret Durren, sólo uno.

Luego, tomaron café.

Un café excelente, preparado también por la muchacha.

Apenas tomar el último sorbo, el periodista se puso en pie y se enfundó la chaqueta, que se había quitado para cenar más cómodamente.

Margaret, extrañada, preguntó:

—¿Vas a salir, Jerry...?

—Sí, tengo que ir a la redacción de mi periódico. Dentro de un par de horas estaré de vuelta. Conecta el televisor, si quieres. Y, si prefieres acostarte, aquélla es mi habitación.

—¿No hay otra?

—No.

Margaret entrecerró los ojos.

—Si yo me acuesto en tu cama, ¿dónde dormirás tú?

—En la alfombra.

—¿No temes coger complejo de perro?

—Si tú no me echas huesos...

—¿Por qué no lo dices de una vez?

—¿El qué?

—Que deseas acostarte conmigo.

—Bueno, si me hicieras un huequecito en la cama...—sonrió pícaramente Jerry.

—Con esa intención me has traído aquí, ¿verdad?

—Te aseguro que no.

—Yo juraría que sí.

—Puedes acostarte tranquila, yo dormiré en el diván.

—¿Se puede cerrar con llave, la puerta de tu dormitorio?

—Por supuesto, desconfiada.

Margaret, al ver que el periodista caminaba ya hacia la puerta, desfrunció el ceño y rogó:

—Vuelve lo antes que puedas, Jerry. El se detuvo y la miró.

—¿Qué más da? Si tú vas a dormir en mi cama, y yo en el diván...

—Me da un poco, de miedo quedarme sola, después de lo que le ocurrió a Olivia Grant —confesó la joven.

—A ti no puede ocurrirte nada, tú no has escrito ningún libro ridiculizando a Satán — repuso Jerry.

—De todos modos, vuelve pronto.

—Si me ofrecieras algo a cambio, que me sirviera de estímulo...

—Eres un sucio chantajista.

—Tú tienes la culpa, por ser tan bonita y estar tan bien formada —piropeó Jerry. Margaret Durren no pudo disimular que se sentía halagada.

—¿Te conformas con un beso? —preguntó.

—Poca cosa es, pero si no puedes ofrecerme más...

—Sí, que puedo, pero no quiero.

—Que dura eres.

—Tu cara aún lo es más. Jerry Flavin rió.

—Hasta luego, gruñona — dijo, y abandonó el apartamento.

CAPITULO VII

Margaret Durren sintió una extraña sensación al quedarse sola en el apartamento del periodista.

Miró nerviosamente a su alrededor.

Le parecía estar siendo observada por alguien. No vio a nadie, claro.

Margaret llenó sus pulmones de aire, lo retuvo unos instantes, y luego lo fue expulsando poco a poco.

Estaba muy nerviosa, y este ejercicio la ayudaría a relajarse. Inspiraciones profundas y expulsión pausada del aire.

Lo repitió un par de veces más.

Luego, se sentó en uno de los sillones del living, descansó la cabeza en el respaldo, y cerró suavemente los ojos.

Sólo pudo mantenerlos así un instante, pues de nuevo la asaltó el temor y el desasosiego.

Irritada consigo misma, se recriminó en voz alta:

—Eres una estúpida, Margaret. ¿No te dijo Jerry que a ti no puede ocurrirte nada, porque tú no has escrito ningún libro ridiculizando a Satán? Suponiendo que Satán exista, y que fuera él quien pinchó y quemó a Olivia Grant, no tiene nada contra ti. Es absurdo, pues, tener miedo. O te lo quitas de encima ahora mismo, o te doy un par de bofetadas de las buenas.

Margaret levantó la mano, dispuesta a descargarla contra su mejilla. No llegó a hacerlo.

El hablar en voz alta parecía haberle devuelto la serenidad.

—Así me gusta — sonrió, bajando la mano. Miró el televisor.

Jerry la había autorizado a conectarlo. Se levantó y lo puso en funcionamiento.

Tan pronto apareció la imagen, a Margaret se le escapó un grito.

¡Estaban pasando una película de vampiros!

¡Allí estaba el conocido Christopher Lee, encarnando, como casi siempre, al siniestro y perverso conde Drácula!

¡A punto de clavar sus terroríficos colmillos en el suave cuello de una preciosa y aterrada muchacha rubia que iba en camisón!

Margaret se dio mucha prisa en desconectar el televisor.

Una película, de terror era lo menos indicado para ella, aquella noche. Mejor que leyese un libro.

Había varios en un estante. Margaret cogió uno.

Al azar. Mal hecho.

Debió fijarse antes en el título que figuraba en el lomo del libro.

Seguro que no hubiera cogido ése, pues se trataba nada más y nada menos que de...

¡«La maldición de Frankenstein»!

Al descubrirlo, Margaret pegó un chillido y lo dejó caer al suelo.

Retrocedió rápidamente, porque la portada del libro era realmente macabra. Tampoco leería.

Lo mejor era meterse en la cama y cubrirse hasta la cabeza. No lo pensó más.

Se introdujo en el dormitorio de Jerry Flavin y cerró la puerta. Le dio la vuelta a la llave.

Y no porque no se fiase del periodista.

Cerró con llave porque volvía a sentir miedo. La película y el librito tenían la culpa de ello.

Drácula mordiendo gargantas y chupando sangre... Frankenstein experimentando con cadáveres...

«¡Brerrr...!», se estremeció Margaret, sólo de pensarlo. Preparó rápidamente la cama.

Al levantar la almohada, encontró un pijama. Estupendo.

Se lo pondría para dormir.

Jerry Flavin que durmiese en calzoncillos.

Margaret se descalzó, se quitó la falda y luego se despojó de la veraniega camisa que le prestara el periodista, conservando sólo el sugestivo pantaloncito lila.

Se puso la chaqueta del pijama.

Como le cubría hasta la mitad del muslo, decidió no ponerse el pantalón, el cual dejó sobre una silla, junto con la falda y la camisa.

Jerry Flavin ya no tenía por qué dormir en calzoncillos. Margaret se metió en la cama y se cubrió.

No apagó la luz. Prefería dormirse así.

No podía resistir la oscuridad aquella noche.

Le costó bastante conciliar el sueño, pero al fin lo consiguió.

Llevaría alrededor de una hora durmiendo, cuando, como alertada por un sexto sentido, se despertó bruscamente y abrió los ojos.

Margaret, cuyo corazón tenía en aquellos momentos más de ciento veinte pulsaciones por minuto, incorporó ligeramente el torso y miró hacia todos lados.

Al fijarse en la puerta, descubrió algo que la dejó helada de terror.

¡La llave no estaba!

¡Había desaparecido misteriosamente!

Margaret hizo un esfuerzo por controlar su pánico y se levantó de la cama, aproximándose a la puerta.

Lo hizo lenta y silenciosamente.

Procurando dominar el temblor de sus piernas. Alcanzó la puerta e intentó abrirla.

No pudo.

Seguía estando cerrada con llave.

De pronto, escuchó un brusco ruido a sus espaldas. Margaret respingó con fuerza y se volvió.

Había sido la ventana.
¡Se había cerrado sola!
¡También la persiana había caído sola!
Margaret pegó su espalda contra la puerta, aterrorizada.
Recordaba perfectamente lo que Olivia Grant le había contado a Jerry Flavin.
La puerta de su dormitorio y las del balcón se cerraron con brusquedad, sin que nadie las empujara.
¡Allí estaba ocurriendo algo parecido!
Súbitamente, la luz de la habitación se apagó, dejándola en la más impenetrable oscuridad.
El terror de Margaret Durren alcanzó ya límites insospechados. Quiso gritar a pleno pulmón, pero no le salió la voz.
Sus cuerdas vocales parecían haberse atrofiado de pronto. También sus músculos, pues no podía moverse.
Su cuerpo estaba frío. Gélido.
Era poco menos que un bloque de hielo.
Un bloque de hielo que se derrumbó repentinamente.
Y no porque no pudiese seguir manteniéndose en pie, sino porque fue derribado violentamente por el ser cuya presencia adivinaba la horrorizada Margaret.
La joven quedó tendida en el suelo, sin fuerzas ni ánimos para levantarse. Sintió que le era arrancada la chaqueta del pijama.
Con salvaje violencia.
Luego, el breve pantaloncito. Con idéntica brutalidad.
Pero ni siquiera entonces fue capaz de reaccionar la muchacha, pese a que sabía lo que iba a sucederle. Satán la atacaría con su tridente.
Se lo clavaría en las nalgas desnudas, una y otra vez. Con saña. Sin la menor piedad.
Como hiciera con Olivia Grant.
Después, le marcaría en la espalda su signo. Con un hierro al rojo vivo.
Impregnando la habitación de olor a carne quemada. Pero ¿por qué?
¿Por qué a ella?
Jamás se había burlado de él.
¿Por qué aquel horrible castigo, entonces? Repentinamente, un resplandor rojizo empezó a surgir en la oscuridad.
Frente a ella.
El corazón de Margaret se paró un instante.
Sabía lo que significaba aquel extraño resplandor. ¡Satán se estaba materializando!
¡Estaba cobrando forma!
¡Su horrible forma!
Margaret Durren dejó de respirar.
Con ojos desencajados de horror, asistió a la materialización del demonio.

Del rey del Infierno.
Del espíritu del Mal.
Satán sólo tardó unos segundos en adquirir su forma. Margaret lo contempló. Era idéntico a como se lo había descrito Olivia Grant a Jerry Flavin.
Alto y musculoso...
Piel roja como la sangre...
Pelos gruesos como cerdas, largos y negros... Rostro cruel...
Terroríficos cuernos.,.
Una especie de monstruo con apariencia humana. En su mano derecha, el feroz tridente.
En la izquierda, un hierro candente, con la cruz en posición invertida. Para que no quedase ninguna duda sobre sus intenciones.
Satán movió el rabo y luego, con voz escalofriante, absolutamente sobrenatural, dijo:
—Tú también vas a ser castigada, Margaret Durren, como Olivia Grant.
—¿Por... por qué? — acertó a balbucir la aterrada joven.
—Leíste el libro escrito por Olivia Grant, en el cual me ridiculiza, y te reíste mucho con él. Suficiente para merecer el castigo, pues de Satán no se ríe nadie. Muchos de los que han comprado y leído ese maldito libro, sufrirán el peso de mi ira. Les destrozaré las nalgas con mi tridente y los marcaré en la espalda con mi signo. Eso les servirá de lección, y aprenderán que con el demonio no se juega.
—No... no es cierto que yo me riese mucho... —musitó Margaret. Los oblicuos ojos de Satán brillaron más aún.
—No mientas, Margaret Durren. Yo te vi, como a otros muchos. Recuerdo que una noche casi mojaste la cama, de tan a gusto que te reías.
Margaret no se atrevió a negarlo, porque era cierto. Satán ordenó:
—Tiéndete boca abajo, Margaret Durren.
—¿Pa... para qué? — gimió la joven.
—Para pincharte las nalgas y marcarte la espalda. Si no obedeces, sufrirás el castigo en el pecho, y será peor para ti.
Margaret se dijo que sí, que sería mucho peor que le destrozase los senos con su tridente y luego le aplicase el hierro candente entre ellos, así que se dio lentamente la vuelta y se resignó al doloroso castigo.
¿Qué otra cosa podía hacer?
¿Quién podía huir del demonio o hacerle frente? Nadie.
Satán era demasiado poderoso. Margaret se mordió el puño.
No tardaría en sufrir el primer triple pinchazo. Miró por el rabillo del ojo a Satán.
Vio que éste ya descargaba su tridente contra sus desnudas nalgas y chilló angustiosamente, aun antes de que los afilados y relucientes dientes del arma se clavasen en su carne.

CAPITULO VIII

Jerry Flavin entró en su apartamento.

Las luces estaban encendidas, pero Margaret Durren no se hallaba en el living.

Tampoco en la cocina.

Jerry dedujo que la joven se había acostado, pues la puerta del dormitorio estaba cerrada.

¿Se habría dormido ya?

Jerry se acercó a la puerta y dio unos suaves golpes en ella, con los nudillos.

—¿Margaret...?

La muchacha no respondió. Jerry no quiso insistir.

Le sabia mal despertarla.

Lo malo era que a Margaret no se le había ocurrido dejarle el pijama y una sábana sobre el diván.

En fin, tendría que dormir en «slip» y sin cubrirse.

Afortunadamente, la temperatura era más bien alta, y no lo acusaría demasiado. Jerry se desvistió, apagó las luces, y se tendió en el diván.

Fue entonces cuando descubrió que la luz de su dormitorio estaba encendida. Se filtraba por debajo de la puerta.

A Jerry le extrañó.

¿Se habría dormido con la luz encendida?

Jerry se levantó del diván y se aproximó a su habitación.

Aquello, el que hubiera luz en su dormitorio, le servía de excusa para entrar en él. La luz estaba cara, y no debía malgastarse.

Eso le diría a Margaret, si ella se enfadaba con él.

Jerry atrapó el tirador de la puerta y lo hizo girar suavemente. La puerta, sin embargo, no se abrió.

Estaba cerrada por dentro. Jerry rezongó una imprecación.

Había pensado que Margaret bromeaba cuando dijo que no se fiaba de él. Bien.

Llamaría de nuevo, con más fuerza que antes, y la despertaría. Suponiendo que estuviese dormida, claro.

Jerry empezaba a sospechar que no lo estaba, y que no le había abierto la puerta porque no quería darle el beso que le había prometido.

El periodista levantó el puño.

Justo en aquel instante, Margaret chilló. Fue un chillido largo.

Agudo. Angustioso.

Como si alguien la hubiese traspasado con un sable.

—¡Margaret! —respingó Jerry. La joven chilló de nuevo.

Jerry no lo dudó más.

Cargó con el hombro contra la puerta, con tanto ímpetu, que el cerrojo

saltó y la puerta se abrió de par en par.

Jerry, incapaz de frenar su impulso, se precipitó sobre la cama.

Casi cayó sobre Margaret.

Porque Margaret se hallaba acostada en la cama. Destapada, pues la sábana estaba a sus pies, hecha un lío.

Esto último se comprendía fácilmente al ver cómo movía la muchacha sus desnudas piernas.

Parecía que iba en bicicleta. También movía los brazos. Y la cabeza.

Jerry adivinó en seguida lo que le sucedía a la joven. Estaba sufriendo una pesadilla.

Y debía ser espantosa.

Por eso chillaba y se agitaba de aquel modo tan alarmante. Jerry se apresuró a palmearle las mejillas.

—¡Margaret!... ¡Despierta, Margaret! La muchacha abrió los ojos de golpe.

—¡Jerry! — gritó, con expresión de infinito horror.

—¿Qué te sucede, Margaret...?

—¡Estaba aquí! — chilló la joven, incorporando el torso y abrazándose fuertemente al periodista.

—¿Quién estaba aquí?

—¡Satán!

—Sólo era un sueño, Margaret —la tranquilizó Jerry, acariciándole el cabello.

—¡No, Jerry, no fue un sueño! ¡Me arrancó la chaqueta de tu pijama y el pantaloncito, y luego me clavó su tridente en las nalgas, varias veces!

—Margaret, llevas puesta la chaqueta de mi pijama, y también el pantaloncito... La joven se separó un palmo de él y se miró.

—Es cierto, llevo puesta tu chaqueta, y no está rota... —musitó, incrédula.

—No tiene ni un rasguño. Margaret se levantó la chaqueta.

—Tampoco el pantaloncito está desgarrado...

—Tampoco — carraspeó Jerry, mirándole el pantaloncito y todo lo demás.

Margaret se puso de rodillas sobre la cama, casi de espaldas al periodista, y se levantó nuevamente la chaqueta.

—¿No estoy herida, Jerry...?

Jerry Flavin observó el erguido trasero femenino, escasamente cubierto por la sucinta braguita lila.

—Parece que no, Margaret... —tosió, porque no era para menos.

—¿Seguro?

Jerry se atrevió a tirar de la cinta elástica de la prenda con un dedo y se asomó, como quien se asoma a un pozo.

—Ni la más leve raspadura, Margaret. La joven le pegó un zarpazo.

—¿Era necesario que levantaras el pantaloncito? —gruñó, bajándose la chaqueta con brusquedad.

Jerry tosió de nuevo.

—Bueno, yo...

Margaret quedó sentada en la cama.
—Así que todo ha sido un sueño... —suspiró, como quitándose un gran peso de encima.
—Sí, una pesadilla, ya te lo dije — asintió Jerry, sentado en la cama también. Margaret lo miró, el temor reflejado todavía en el rostro.
—No sabes cómo he sufrido, Jerry.
—Te pusiste de pronto a chillar como una loca, y me vi obligado a cargar contra la puerta. ¿Por qué la cerraste con llave?
—Tenía miedo.
—¿De mí?
—De Satán.
—Te repito que no tienes motivo para sentirlo.
—Pues lo tengo. Y ahora más que antes.
—Entonces, lo vas a pasar muy mal. Es probable que vuelvas a tener pesadillas.
—Seguro que sí —se estremeció la muchacha. Hubo un silencio.
De pronto, Margaret Durren respingó ligeramente.
—Oye, ¿por qué estás desnudo?
—No estoy desnudo, conservo el «slip» — sonrió Jerry.
—¿Y por qué vas así?
—Me había acostado en el diván, y como no me sacaste el pijama...
—Allí tienes el pantalón, póntelo en seguida. Jerry obedeció.
Margaret, mientras tanto, se cubrid con la sábana hasta ¡a cintura. El periodista volvió a sentarse en la cama.
Después de mirar un instante a la joven, de un modo muy particular, buscó sus labios. Margaret echó la cabeza hacia atrás.
—¿Qué vas a hacer? — inquirió.
—Me prometiste un beso, ¿recuerdas?
—Si volvías pronto.
—Y pronto he vuelto.
—Debiste llegar antes.
—¿Antes de qué?
—De que Satán me pinchara el trasero.
—Si hubiera llegado antes, no me lo habrías enseñado —sonrió pícaramente Jerry. Margaret enrojeció sensiblemente.
—Eres un maldito sinvergüenza, Jerry — masculló.
—¿Vas a darme el beso o no?
—No.
—Después de todo lo que he hecho por ti... —suspiró el periodista—. Cargué contra la puerta, rompí el cerrojo, te saqué de esa horrible pesadilla...
—De acuerdo, dámelo — accedió Margaret, aunque sin alterar su gesto de enfado. Jerry la tomó por los hombros y la besó en los labios.
Larga y expertamente.
Cuando retiró su boca, vio que Margaret tenía los ojos cerrados y que la

expresión de su rostro era ahora dulce y tierna

Jerry chasqueó los dedos. Margaret abrió los ojos al instante.

—¿Qué te creías, que me había dormido? —gruñó, mostrándose enfadada de nuevo.

—Eso parecía — sonrió Jerry.

—No es para tanto, hijo.

—¿Vas a decirme que no te ha gustado...?

—Bueno, eso tampoco. Besas muy bien, no puede negarse. Pero tampoco es como para desmayarse de placer.

—A más de una le ocurrió, te lo aseguro —rió Jerry.

—Habría algo más que besos.

—Sí, eso es cierto.

—Yo sólo te prometí un beso, no me pidas más cosas.

—No pensaba hacerlo —aseguró el periodista, y se puso en pie, con intención de abandonar su dormitorio.

Margaret lo retuvo, cogiéndolo del brazo.

—Espera, Jerry, no te vayas —rogó, el temor reflejado en sus bonitos ojos.

—Te asusta quedarte sola en la habitación, ¿eh?

—Me aterroriza.

—¿Y cómo podemos solucionar eso?

—Si tú fueras un caballero...

—¿Qué?

—Te pediría que te acostaras conmigo.

—¡Lo soy, lo soy! — exclamó Jerry, arrojándose a la cama. Intentó meterse entre sábanas, pero Margaret no se lo permitió.

—¡Un momento, Jerry! —dijo la joven, muy seria.

—¿Qué pasa, dudas de que sea un caballero...? —inquirió el periodista, mostrándose ofendido.

—Quiero dejar una cosa bien sentada, Jerry.

—¿El qué?

—No te he pedido que te acuestes conmigo para lo que tú estás pensando.

—¿Y cómo sabes tú lo que yo estoy pensando?

—Lo leo en tus ojos.

—Si lo sé me pongo las gafas de sol.

—Con gafas o sin gafas, olvídate por completo de que estás en la cama con una mujer.

—Me temo que eso no va a ser fácil. Al menor roce de nuestros cuerpos...

—No tiene por qué haber roces, la cama es amplia.

—Sí, pero es que yo doy muchas vueltas. ¿Sabes cómo me llaman las chicas que han dormido alguna vez conmigo?

—¿Cómo?

—Jerry «El Peonza».

Margaret, que tuvo que hacer un gran esfuerzo para no reír el chiste del periodista, le apuntó con el dedo y advirtió:

—Pues oye bien esto, Jerry «El Peonza». Si te echas sobre mí, te soltaré tal rodillazo entre muslo y muslo, que no volverás a sentirte hombre en el resto de tu vida.

Jerry se encogió cómicamente.

—¿Serías capaz de desgraciarme, Margaret...?

—Yo soy capaz de cualquier cosa, con tal de impedir que abusen de mí.

—Estábamos hablando de roces involuntarios, no de abusos —carraspeó el periodista.

—Es que yo estoy segura de que no serían roces involuntarios. Lo de Jerry «El Peonza» es una excusa para colocarte sobre mí mientras te haces el dormido.

—Si de veras piensas eso, será mejor que vuelva al diván.

—No, tú te acuestas conmigo esta noche —insistió Margaret, sujetándolo por un brazo.

—Es demasiado peligroso, Margaret.

—El peligro lo corro yo, que soy la mujer,

—No, lo corro yo, que puedo quedarme inútil para toda la vida, sexualmente hablando.

—Eso no sucederá si tú te olvidas de que tienes una mujer al lado.

—Ya te dije antes que eso será muy difícil.

—Bueno, pues piensas que soy tu madre. Así...

—Peor todavía.

—¿Por qué peor?

—Mi madre me daba el pecho.

—De eso hará mucho tiempo, supongo.

—Sí, claro. Pero yo no lo he olvidado, y si pienso que eres mi madre, puedo pensar también que sólo tengo seis meses. Y como se me despierte el apetito...

Margaret apretó los dientes.

—¿Quieres saber lo que pienso yo, Jerry?

—¿De mi madre?

—¡De ti! Jerry tosió.

—No es necesario, yo también sé leer en los ojos. Margaret levantó la sábana.

—Acuéstate, Jerry.

—Lo haré si me prometes que no dispararás tu rodilla. Tengo pensado casarme en cuanto encuentre una chica que me guste lo suficiente, y me agradaría tener un hijo, por lo menos.

—No hagas nada tú para que lo tenga yo, y verás cumplido tu deseo.

—Conscientemente, te aseguro que no lo intentaré.

—Nadie puede hacer el amor, estando dormido.

—Los sonámbulos, sí.

—Y tú eres sonámbulo, ¿verdad?

—Bueno, no me ocurre muy a menudo, pero...—carraspeó Jerry.

—Adentro,
—¿Qué?
—¡Que te acuestes de una maldita vez!
—En seguida.
Jerry se estiró en la cama y Margaret lo cubrió con la sábana hasta la mitad del pecho. Se miraron a los ojos.
—Te portarás bien, ¿verdad, Jerry? —murmuró la joven, sonriéndole dulcemente.
—Lo intentaré, Margaret — prometió el periodista.
—Confío en que sí. No me defraudes, Jerry —rogó la muchacha, y le dio la espalda. Jerry Flavin apagó la luz e hizo lo propio.
Era lo mejor.
Hallarse de espaldas el uno al otro. Menos tentador, al menos.
Aunque era tan difícil olvidarse de lo que tenía tras él, a medio metro escaso...

CAPITULO IX

A los dos les costó dormirse. Era lógico.

Un hombre y una mujer... Compartiendo la misma cama... El mismo pijama...

Necesariamente tenían que pensar en lo mismo. Los dos.

Aquella situación no era normal.

Lo lógico sería que se hallasen uno en brazos del otro, besándose, acariciándose, preparando la unión total de sus cuerpos.

Pero no.

Jerry Flavin respetó los deseos de Margaret Durren, y ni siquiera le rozó el pie con el suyo.

El fue el primero en conciliar el sueño.

Margaret lo supo porque le oyó roncar ligeramente.

«Sabía que eras un buen tipo, Jerry», pensó, y, más tranquila ya, ella también se durmió.

Le hubiera gustado soñar con el apuesto periodista. Pero no fue así.

Soñó con Satán.

Por fortuna, Jerry Flavin tenía el sueño ligero y se despertó apenas la muchacha empezó a agitarse en la cama y a lanzar gemidos ahogados.

El periodista encendió rápidamente la luz y la cogió por los hombros.

—¡Margaret!

Ella se despertó en seguida.

—¡Jerry! — exclamó, con gesto de terror.

—Sufrías otra pesadilla, ¿verdad?

—¡Oh, sí! ¡Menos mal que me has despertado!—sollozó la joven, echándole los brazos al cuello.

Jerry la apretó contra sí suavemente.

—Vamos, tranquilízate.

—¡Es horroroso soñar con Satán, Jerry!

—¿Por qué no pruebas a soñar conmigo?

—¡Ojalá pudiera! A ti también te tengo miedo, pero menos.

—Yo sería incapaz de causarle daño a una mujer, Margaret.

—Pero sí placer — repuso la muchacha, estremeciéndose dulcemente, porque el periodista había deslizado su mano por debajo de la chaqueta y le acariciaba la espalda.

—¿Es eso lo que te da miedo de mí?

—Sí, porque puedes hacerme perder la cabeza, y luego lo lamentaría profundamente.

—No temas, no dejaré que la pierdas — sonrió Jerry, retirando su mano de la tibia y suave espalda femenina.

Cuando rozaba su cadera, Margaret le cogió la mano y le obligó a posarla allí.

—No te separes de mí, Jerry —pidió cálidamente.
—¿En qué quedamos? ¿No acabas de decir que...?
—Olvida lo que he dicho. Quiero dormirme así, en tus brazos, sintiéndome protegida por ti. Quizá de este modo sueñe contigo, y no con Satán.
—Sí, pero como sueñes lo que yo estoy pensando, y dispares la rodilla, me vas a pillar de lleno... — rezongó Jerry.
Margaret no pudo contener una risita.
—Tranquilo, eso no sucederá.
—¿Seguro?
—Te he tomado cariño, Jerry. No sería capaz de hacerte daño. El periodista la besó en los labios, con suavidad.
—Yo también te he tomado cariño, Margaret.
—Puedes acariciarme, Jerry —autorizó la joven, soltándole la mano.
—¿No perderás la cabeza...?
—No, si tú no te lo propones.
—¿Qué quieres decir?
—Que hay caricias relajantes y caricias excitantes.
—¿Y tú prefieres las primeras?
—Esta noche, sí.
—De acuerdo, procuraré complacerte.
—Gracias por ser tan comprensivo, Jerry.
—O tan tonto, según se mire —rezongó el periodista.
—No digas eso.
—Apagaré la luz.
—Sí, vuelvo a sentir sueño.
Jerry Flavin dejó la habitación a oscuras.
Margaret Durren se acurrucó contra él, como una gatita asustada. Jerry empezó a acariciarla.
Sin mostrarse excesivamente atrevido en ningún momento.
Margaret le dio las gracias una vez más y se durmió plácidamente entre sus vigorosos brazos.

* * *

Cuando Margaret Durren abrió los ojos, ya se filtraba la luz de la mañana por la entreabierta ventana.
Ello le permitió descubrir que Jerry Flavin no estaba a su lado.
—¡Jerry! —llamó, quedando sentada en la cama.
—¡Estoy aquí! —respondió el periodista, pareciendo al instante en la puerta de la habitación, vistiendo un pantalón color whisky y una camisa de manga corta, a rayas blancas y verdes.
Margaret exhaló un hondo suspiro de alivio.
—Qué susto me has dado, Jerry.
—¿Por qué?

—Creí que te habías marchado.

—Estaba en la cocina, preparando un suculento desayuno —explicó Jerry, sonriente.

—¿Por qué no me has despertado? Lo hubiera preparado yo.

—Dormías tan a gusto, que...

—¿No sufrí nuevas pesadillas?

—No, has pasado una noche la mar de tranquila. La joven sonrió tiernamente.

—Gracias a ti, Jerry. Entre tus brazos se duerme muy bien.

—Hice lo que pude, para que tuvieras un sueño apacible.

—Te comportaste magníficamente. Mientras estuve despierta, al menos...

—En todo momento, Margaret —repuso el periodista, ligeramente molesto.

—Estoy segura de ello, Jerry.

—Anda, levántate, que el desayuno ya está casi a punto.

—¡Voy!

Margaret apartó la sábana y saltó de la cama, saliendo, descalza, de la habitación.

—¿Me da tiempo a darme una ducha, Jerry...?

—Que sea rápida — rogó el periodista, desde la cocina.

—¡Vista y no vista! —rió la muchacha, metiéndose en el cuarto de baño. Unos segundos después, se oía el rumor de la ducha.

Margaret se puso a canturrear. Estaba contenta, no cabía duda. Jerry sonrió.

Margaret era una chica estupenda. Le gustaba.

Y no sólo físicamente. Tenía un...

Jerry Flavin interrumpió sus pensamientos al escuchar el timbre de la puerta.

¿Quién diablos sería, tan temprano? Extrañado, acudió a abrir.

De haber sabido quién había hecho sonar el timbre, en lugar de abrir la puerta hubiese echado el cerrojo.

Sí, porque se trataba del mismísimo Satán.

CAPITULO X

Como es lógico, Jerry Flavin quedó paralizado al descubrir a aquel gigantesco ser de piel roja y salpicada de gruesos pelos, cara horripilante, cuernos largos y puntiagudos, uñas negras, extraordinariamente crecidas...

La parálisis del periodista sólo duró un instante. Suficiente, no obstante, para que Satán le sorprendiera. Cuando Jerry Flavin quiso reaccionar, ya era tarde.

Satán, que aunque iba completamente desnudo, como cuando se materializó ante Olivia Grant, llevaba ahora una larga capa, negra por fuera y roja por dentro, descargó el mango de su tridente sobre el cuello del periodista.

Con tremenda fuerza.

Jerry emitió un quejido y se derrumbó, aunque no llegó a perder el sentido. Aturdido por el brutal golpe, intentó ponerse en pie y hacer frente al demonio. Satán no se lo permitió.

Le golpeó de nuevo con el mango del tridente; en la cabeza, esta vez. Jerry Flavin cayó de bruces, como un fardo, y ya no se movió.

Había perdido totalmente el sentido.

Satán se apresuró a cerrar la puerta y echó el cerrojo. Percibió el rumor de la ducha.

Sonrió siniestramente, mostrando sus enormes y afilados dientes. Margaret Durren también iba a llevarse un susto morrocotudo.

El mayor, sin duda, de toda su vida.

* * *

Margaret, totalmente ajena a lo que ocurría, pues el ruido que producía el agua al salir de la ducha le había impedido oír nada, cerró la llave de la ducha y descorrió la semitransparente cortina de plástico, saliendo de la bañera.

Atrapó la mullida toalla y se secó rápidamente el cuerpo.

Margaret acabó con el secado, se colocó el pantaloncito lila, se enfundó la chaqueta del pijama del periodista, y salió del cuarto de baño.

Al instante se quedó clavada.

Las ventanas se hallaban cerradas y las luces apagadas. Todo estaba en penumbra.

Había que esforzarse mucho para distinguir los muebles y los objetos. Margaret sintió miedo.

—¿Je... Jerry...? — llamó, haciendo un gallo con la voz. El periodista no le respondió.

Margaret dio un paso.

Casi perdió el equilibrio, de tan agarrotadas que tenía las piernas.

—¿Jerry...? — llamó de nuevo, sintiendo que su pánico se acentuaba.

Silencio absoluto.

Margaret, con el corazón encogido, dio otro paso. Hacia el dormitorio del periodista.

La puerta estaba entreabierta.

Margaret recordaba haberla dejado abierta de par en par, cuando salió de él.

Alguien había tenido que entrecerrarla.

¿Jerry?

¿Estaría él en la habitación?

Y, si estaba, ¿por qué no respondía?

Margaret, con paso vacilante, alcanzó el dormitorio. Empujó la puerta, con mano temblorosa.

—¿Jerry...? — llamó, al mismo tiempo. Un instante después, lanzaba un grito.

—¡Jerry!—exclamó, los ojos desorbitados y fijos en el periodista. Yacía en el suelo.

Junto a la cama.

Su muñeca izquierda estaba presa por una argolla de acero, cuya cadena, de gruesos eslabones, ascendía hasta la cabecera de la cama, donde otra argolla se cerraba en torno al barrote lateral de la cabecera, que era, lógicamente, el de mayor grosor.

Margaret estuvo tentada de echar a correr. De abandonar el apartamento.

Sin importarle cómo iba vestida. Quizá hubiera sido lo más sensato. Pero no lo hizo.

Jerry estaba allí. Tirado en el suelo. Inconsciente.

Y preso a la cama. Tenía que ayudarle. Intentarlo, al menos. Y lo intentó.

Apenas entrar en la habitación, sin embargo, oyó un leve sonido a su izquierda. Metálico.

Muy parecido al tintineo de una cadena. Margaret miró hacia allí.

Creyó morirse de espanto al descubrir al escalofriante ser que permanecía en pie, pegado a la pared. Desnudo, bajo la larga capa.

Despidiendo una extraña fluorescencia. De ahí que le pudiese ver perfectamente. Empuñaba un feroz tridente.

Y la miraba fijamente con sus horribles ojos oblicuos.

Satán se destacó de la pared y caminó lentamente hacia la aterrorizada muchacha. Margaret quiso retroceder, pero sus piernas no obedecieron el mandato de su cerebro. Intentó gritar, pero tampoco pudo.

Le ocurría como en la espantosa pesadilla sufrida la noche pasada. Tanto sus músculos como sus cuerdas vocales parecían atrofiados.

¿No estaría sufriendo una nueva pesadilla?

¿No sería todo un sueño?

¡Dios, si era así, que se despertase pronto!

¡Antes de que Satán le arrancase la ropa y le clavase su tridente en las nalgas, como a Olivia Grant!

¡De que la marcase en la espalda con un hierro candente! Desgraciadamente para ella, no se despertó.

No podía despertarse, porque aquello no era un sueño.

¡Era una situación real!

¡Satán estaba allí, en la habitación!

Margaret vio que el demonio alargaba su mano izquierda hacia ella.

Una mano enorme, velluda, con unas uñas horribles, que iba directa hacia su cara. Margaret Durren no pudo resistir más.

Sus aterrados ojos se quedaron un instante en blanco y se desplomó como un saco, quedando inmóvil en el suelo.

Se había desmayado de horror. Satán descorrió sus gruesos labios. En cavernosa sonrisa.

Le había complacido el desvanecimiento de la muchacha, no cabía duda.

CAPITULO XI

Margaret Durren fue la primera en volver en sí. Paltó poco para que se desmayara de nuevo.

Se hallaba tendida en el suelo de la habitación, a la izquierda de la cama, presa a ella por la argolla que cercaba su muñeca derecha.

El dormitorio seguía en penumbra, lo cual hacía que destacase poderosamente la presencia del rey del Infierno.

Si.

Satán continuaba allí. Permanecía en pie.

Delante de la puerta, que ahora estaba cerrada. Margaret incorporó ligeramente la cabeza y se miró. Temía hallarse completamente desnuda.

Por fortuna, no era así.

Seguía conservando el pantaloncito y la chaqueta del pijama del periodista. Satán se había limitado a sujetarla a la cama, como a Jerry Flavin.

De pronto, escuchó un gemido.

—¡Jerry!—exclamó, instintivamente, al tiempo que miraba por debajo de la cama. Vio al periodista.

Seguía en el suelo, al otro lado, sujeto a la cama. Estaba recobrando el sentido.

Jerry no debía haberle oído pronunciar su nombre, pues no miró hacia allí, sino hacia la puerta.

Ya había descubierto la estremecedora presencia de Satán. El periodista, en principio, no dijo nada.

Se limitó a erguir el torso, lentamente, sin dejar de contemplar al demonio. Fue éste quien habló, dejando oír su voz de ultratumba.

—Te saludo, Jerry Flavin.

Lo primero que hizo Jerry, fue interesarse por Margaret.

—¿Dónde está la chica, qué has hecho con ella?

—¿Te refieres a Margaret Durren?

—Sí.

—Está ahí, al otro lado de la cama; presa a ella, como tú. Jerry miró por encima de la cama.

Margaret incorporó el torso y asomó la cabeza por el otro lado.

—Jerry... —musitó, temblorosamente.

—Margaret... ¿Estás bien?

—Sí...

—¿No has sufrido ningún daño?

—No... ¿Y tú?

—Un par de golpes, poca cosa.

—Estoy muerta de terror, Jerry... — dijo débilmente la joven, mirando de nuevo a Satán.

Jerry también miró al demonio.

—¿Quién eres tú? — interrogó, con admirable serenidad.

—Satán, dueño y señor del Infierno.

—¿El verdadero... o un tipo disfrazado de tal?

—Precisamente por eso me he presentado ante ti, Jerry Flavin, para demostrarte que soy el auténtico Satán. En la información que publica hoy «The Boston Herald», firmada por ti, se menciona la posibilidad de que el Satán que se presentó ante Olivia Grant fuese alguien disfrazado de demonio.

—Así es.

—No me ha gustado eso, Jerry Flavin. Quiero que el mundo entero sepa que fue el verdadero Satán quién destrozó las nalgas y marcó a fuego a Olivia Grant, como castigo por haberme ridiculizado en su libro. De ese modo, los que no creen en mi existencia, se lo pensarán dos veces antes de reírse de mí, por temor a sufrir el mismo castigo que Olivia Grant.

—¿Cómo vas a demostrarme que eres el auténtico Satán?

—Puedo hacerlo de mil maneras distintas, todas ellas muy convincentes.

—Que se vea.

—Abre el cajón de tu mesilla de noche. Jerry respingó levemente.

—¿El cajón?

—Sí. Sé que en él guardas un pequeño revólver de calibre 38. Era cierto.

Por eso había respingado el periodista.

Ya estaba pensando en empuñarlo disimuladamente y... Satán siguió indicando:

—Toma tu revólver, Jerry Flavin.

Jerry abrió el cajón con su mano libre, la derecha, y empuñó el arma.

—Comprueba si está cargado.

Jerry le quitó el seguro e hizo girar el cilindro.

—¿Lo está? — preguntó Satán.

—Sí.

—Muy bien. Ahora apúntame y dispara.

Jerry levantó el revólver y apuntó al pecho del demonio.

—Vamos, aprieta el gatillo.

Jerry presionó el disparador con su dedo índice y se produjo una detonación. Satán continuó en pie.

Tan fresco.

Jerry volvió la cabeza hacia Margaret.

La joven contemplaba al demonio con ojos agrandados.

—Dispara de nuevo, Jerry Flavin — invitó Satán, sonriente—. Dispara hasta agotar el cargador.

El periodista lo hizo.

Le disparó dos veces más al pecho, otras dos a la cabeza, una al vientre...

Ninguna de las balas hizo daño a Satán. Ni el más leve rasguño.

Satán rió con fuerza, orgulloso de su poder.

—Las balas me han traspasado limpiamente y se han alojado en la puerta, luego lo podrás comprobar —dijo.

Jerry bajó el arma, en silencio.
—¿Te has convencido ya, Jerry Flavin...? — preguntó el demonio, con burlona sonrisa.
—Sí, totalmente. Tú eres el auténtico Satán.
—Me alegra que ya no tengas ninguna duda.
—¿Qué piensas hacer con nosotros? — inquirió el periodista.
—Nada, no temáis. Pero a ti voy a pedirte una cosa, Jerry Flavin.
—¿Qué quieres de mí?
—Que esta misma mañana vayas a la redacción de tu periódico y escribas lo que te ha pasado.
—Lo haré — prometió Jerry.
—Y que aparezca en una edición especial.
—Aparecerá, no te preocupes.
—Bien. Si es así, ni tú ni la chica volveréis a verme. En cambio, si no cumples mis deseos, vendré y sufriréis mi castigo, que ya sabéis cuál es.
A Margaret empezaron a dolerle las nalgas.
Incluso creyó sentir escozor en el centro de la espalda.
—No será necesario, Satán — repuso Jerry.
—Eso espero.
Satán abrió la puerta y salió de la habitación, moviendo el rabo. Antes de que cerrara, Jerry le llamó:
—¡Satán!
El demonio se volvió.
—¿Sí, Jerry Flavin...?
—¿No vas a soltarnos? Satán sonrió.
—La llave que abre las argollas está escondida muy cerca de vosotros, no os será difícil encontrarla —aseguró, y cerró la puerta.

CAPITULO XII

Jerry Flavin permaneció quieto. Pensativo.

Como muy lejos del lugar donde realmente se encontraba. La voz de Margaret Durren le devolvió a la realidad.

—Jerry...

—¿Sí, Margaret?

—Creo que deberíamos buscar la llave que abre las argollas, ¿no?

—Sí, tienes razón.

Jerry estiró el brazo y encendió la luz.

El y Margaret se miraron por encima de la cama, sentados en el suelo todavía.

—Estás muy pálida, Margaret...

—No sé cómo no me he muerto de espanto, Jerry. Lo de anoche sólo fue un mal sueño, pero esto... —se estremeció la muchacha.

El periodista apretó las mandíbulas y masculló:

—Me las pagará todas juntas.

—¿Cómo dices?

—Que ese bastardo se arrepentirá de lo que ha hecho. Margaret pestañeó.

—¿A quién te refieres?

—Al tipo que quiso hacernos creer que es Satán. La joven abrió la boca.

—¿Tipo? — musitó.

—Sí Margaret. No se trata del demonio, sino de un hombre disfrazado de tal.

—¡Jerry!

—Estoy en lo cierto, créeme.

—¡Si tú le disparaste varias veces con tu revólver y...!

—No eran cartuchos de verdad, sino de fogueo. El tipo quitó los buenos y colocó unos qué sólo producen estampido.

Margaret observó la puerta.

—¡Las balas están incrustadas en la madera, Jerry!

—exclamó.

—Sí, ya me he dado cuenta. Pero esas balas no las disparé yo, sino él, con otra pistola, sin duda provista de silenciador, para no despertarnos con los estampidos. Debió pensar que así disiparía cualquier duda que pudiera quedarnos, cuando él abandonase la habitación. Es un tipo listo, está en todo.

—Pero...

—Busquemos la llave, Margaret. Seguiremos hablando de esto cuando estemos libres.

Como Satán, o el tipo disfrazado de tal, vaticinó, no tardaron en encontrar la llave que abría las argollas.

La había dejado escondida debajo del colchón. Jerry la tomó y abrió su argolla.

Luego, hizo lo propio con la de Margaret. La joven observó:
—Tienes sangre en la cabeza, Jerry...
—No me extraña — rezongó el periodista, tocándose el cráneo—. El tipo me atizó duro con el mango de su tridente. También en el cuello... —se lo rozó con las yemas de los dedos.
—Se te ha formado un manchón azulado.
—A él se le formarán varios, cuando lo coja —masculló Jerry.
—¿Tienes botiquín?
—Sí, pero olvídate de mi chichón sangrante y de mi hematoma, ahora. Tengo que atrapar al tipo.
—¿Atrapar...? — respingó Margaret.
—Sí.
—¿Cómo vas a atraparlo, si no sabes quién es?
—Te equivocas.
La muchacha enarcó las cejas.
—¿De veras sabes de quién se trata, Jerry. ?
—Estoy seguro de que sí.
—¿Quién crees que es?
—Billy Coward, un viejo compañero de estudios. Formamos juntos en el equipo de rugby de la Universidad. Ven, te enseñaré una foto en la que aparecemos juntos.
Salieron los dos del dormitorio.
Jerry encendió las luces y él y Margaret se acercaron a la fotografía enmarcada que colgaba de la pared, la misma en cuyo cristal se reflejara la imagen de la muchacha, mientras se quitaba su blusa de tirantes y se ponía la camisa que le ofreciera el periodista.
Jerry señaló con el dedo a uno de los componentes del equipo.
—Este es —dijo.
—¿Cómo lo reconociste...?
—En primer lugar, por su extraordinaria complexión física. No olvides que el falso Satán se nos presentó completamente desnudo, y yo vi numerosas veces a Billy Coward desnudo, como al resto de los compañeros del equipo. Nos duchábamos todos juntos, después de cada entrenamiento y de cada partido. Otra cosa que me hizo pensar en él, fue que el falso Satán pudiese ver perfectamente en la oscuridad.
—¿Billy Coward puede ver en la oscuridad...?
—Mejor que un gato.
—¿Cómo es posible?
—De pequeño, su padre, un hombre excesivamente duro y severo, solía encerrarlo en un cuarto oscuro, cada vez que cometía una travesura. A veces, lo tenía encerrado toda la noche. Billy, lógicamente, se acostumbró a la oscuridad, y sus ojos aprendieron a traspasarla. En la Universidad dio varias muestras de que podía ver perfectamente a oscuras.
—Es sorprendente... —murmuró Margaret.

—Está, además, su obsesión por todo cuanto se relaciona con Satán. Billy Coward cree firmemente en la existencia del demonio. Tiene numerosos libros sobre satanismo, objetos, vestiduras especiales para asistir a reuniones donde se rinde culto a Satán... Y, hay otra cosa más: Billy, pese a su enorme corpulencia, es impotente.

—¿En serio...?

—Sí. El culpa a su padre, al inhumano trato que recibió de él, y que le creó profundos traumas psíquicos. Se hizo hombre, pero jamás pudo demostrarle a una mujer que lo era, pese a que lo intentó en repetidas ocasiones. Eso explica que no abusara de Olivia Grant, pese a tenerla desnuda e indefensa.

—¿Sabes dónde vive, Jerry?

—¿Billy?

—Sí.

El periodista asintió con la cabeza.

—Precisamente ayer tarde estuve en su casa, poco después de hablar con Olivia Grant, pero no estaba.

—Claro. Estaba en casa de Olivia...

—Exacto.

—¿Vas a ir solo, Jerry?

—Sí.

—¿Por qué no hablas primero con el teniente Brannon?

—Porque todavía no tengo ninguna prueba de que Billy Coward sea realmente el falso Satán.

—Pero...

Jerry la tomó por los hombros y le sonrió...

—No temas, no me pasará nada.

—Billy es un tipo muy fuerte, Jerry...

—Tampoco yo estoy hecho de pasta de galleta. Y mi habilidad con los puños es superior a la suya. Ya se lo demostré una vez, en la Universidad.

—¿Os peleasteis?

—Sí, por una tontería. Pero al día siguiente nos dimos la mano y volvimos a ser amigos. No hubo más peleas entre nosotros.

—Según tú, Billy tiene una pistola...

—Sí, seguro que la tiene. Pero no le dejaré utilizarla.

—No voy a quedarme tranquila, Jerry.

—Te daré un beso, y verás como así...

En el instante en que el periodista posaba sus labios sobre los de la muchacha, la puerta se abrió violentamente y alguien irrumpió en el apartamento, revólver en mano.

Margaret lanzó un grito.

Había reconocido a Billy Coward. El falso Satán.

CAPITULO XIII

—Billy...—murmuró Jerry Flavin.

—¿Sorprendido, Jerry? — sonrió desagradablemente Billy Coward, que ya se había despojado de su disfraz de Satán y se presentaba tal como era, vistiendo pantalones tejanos, camisa deportiva y cómodos mocasines.

Tampoco hablaba ya con aquella voz tan terrorífica, sino con la suya habitual.

—¿Cómo has descubierto que...?

—¿Que tú me habías descubierto a mí?

—Sí...

—Ha sido muy sencillo, Jerry. Dejé oculto un pequeño transmisor en tu dormitorio, para enterarme de lo que tú y la chica hablaseis cuando yo os dejara. Me interesaba mucho saber si estabais los dos realmente convencidos de que habíais visto y hablado con el mismísimo Satán. Fatalmente para vosotros, la comedia no dio resultado,

—¿Qué has hecho de tu disfraz de Satán?

—Lo dejé todo arriba, en la azotea. Me estaba cambiando, cuando escuché que tú no te habías tragado el cuento, pese al truco de las balas de fogueo. Sabía que tenías un revólver del 38, y vine preparado.

—Fue una buena idea, Billy.

—Pero no sirvió de nada.

—También tu disfraz era muy bueno.

—De eso sí que estoy satisfecho, ¿ves? —Sonrió Coward—. Aunque finalmente me descubrieras. Delgado traje de goma, rojo y fluorescente, uñas y dientes postizos,, ojos maquillados, cuernos, rabo... Con la ayuda de la oscuridad, resultaba perfecto. El tridente le daba el toque final. Olivia Grant creyó hallarse ante Satán en persona — rió. Jerry apretó los maxilares.

—¿Por qué cometiste esa monstruosidad con ella?

—Se burló de Satán en su libro, y quiero obligarla a escribir otro en el cual lo describa como realmente es, para que las personas que lo lean, en vez de reírse a costa del demonio, se estremezcan con sus actos.

—Estás loco, Billy.

—No, no es locura, Jerry. Adoro a Satán, y quiero que la gente le respete y le tema.

—¿Estás dispuesto, incluso, a matar por él?

—Sí. Tú y la chica vais a morir, Jerry. Me habéis descubierto, y no tengo más remedio que cerraros la boca a los dos.

Margaret Durren sintió que se le aflojaban las piernas.

Jerry Flavin, con el fin de ganar tiempo, y ver si podía sorprender al corpulento Billy Coward, preguntó:

—En lo de Olivia Grant te ayudó alguien, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabes?

—Olivia dice que la puerta de su habitación se cerró sola, sin que nadie la empujara. Y lo mismo sucedió con las del balcón.

Coward sonrió.

—Sí, me ayudaron un par de amigos, que también adoran a Satán Uno estaba fuera de la habitación; el otro, en el balcón. Previamente, habían atado unos delgados hilos de nylon a las puertas. No tuvieron más que tirar de ellos, para cerrarlas de golpe — explicó.

—Y tú estabas dentro del dormitorio...

—Sí, oculto debajo de la cama. Cuando la habitación quedó completamente a oscuras, salí de mi escondite, cubierto desde la cabeza hasta los pies por una tela negra, para ocultar la fluorescencia de mi disfraz. Derribé a Olivia Grant al suelo, le arranqué la bata y la única prenda íntima que llevaba, dejándola totalmente desnuda. Empecé a pincharle las nalgas con el tridente. Ella me tomó por un maníaco sexual, y me dijo que abusara de ella, si era eso lo que deseaba, pero que no la pinchase más. Lejos estaba Olivia Grant de saber que yo no puedo abusar de nadie, en ese sentido... Fue entonces cuando me despojé de la tela negra y me dejé ver. Su terror fue indescriptible. Yo le clavé el tridente algunas veces más, hasta que vi que ella estaba a punto de desvanecerse de dolor. Entonces empuñé el hierro candente, que había dejado oculto bajo la cama, y se lo apliqué en la espalda, marcándola con el signo de Satán. Olivia Grant, lógicamente, se desmayó, y nosotros abandonamos la casa.

Billy Coward hizo una pausa y continuó:

—Todo salió como estaba previsto, pese a tu inesperada visita a Olivia Grant, para entrevistarla. Por fortuna, sólo estuviste unos minutos y te marchaste, aunque para volver una hora después. Nos sobraba tiempo para llevar a cabo nuestro propósito; por eso no desistimos de ello. Si tú te hubieras quedado en la casa, hubiera sido distinto, porque...

«¡Ahora!», se dijo Jerry Flavin, y saltó como un tigre sobre Billy Coward.

Cuando éste quiso apretar el gatillo de su pistola, ya §e venía abajo, arrollado por el periodista.

Aun así, efectuó un disparo.

La bala salió muy desviada, y se incrustó en la pared.

Jerry golpeó con saña la mano diestra de Billy, obligando a éste a soltar el arma. El periodista la envió debajo del diván de un manotazo.

Se pusieron los dos en pie y empezaron a golpearse con furia.

En seguida se vio que era cierto que Jerry Flavin era más diestro con los puños que Billy Coward.

Este fallaba muchos golpes. Jerry, casi ninguno.

De cualquier modo, la tremenda corpulencia de Billy

Coward podía poner en aprietos a Jerry Flavin, al menor descuido de éste.

No fue un descuido lo que el periodista tuvo, sino mala suerte.

Sí, porque la mala suerte es tropezar con una silla, caer de espaldas, y propinarse un fuerte golpe en la cabeza.

No perdió el sentido, pero casi.

—¡Jerry!—gritó Margaret Durren, al ver que Billy Coward sacaba una navaja del bolsillo trasero de sus tejanos.

Billy accionó el resorte y el destellante acero brotó.

—¡Jerry...!—chilló de nuevo Margaret, cuando ya Billy Coward se arrojaba sobre el periodista, con intención de hundirle la navaja en el pecho.

Jerry Flavin giró sobre sí mismo y el brillante acero sólo encontró el suelo. Al instante, se escucho un alarido ensordecedor.

Jerry, que se disponía a saltar sobre la espalda de Billy, interrumpió su acción al ver que éste no se movía.

Como su mano derecha no se veía, Jerry empezó a adivinar lo sucedido. Con el pie, empujó a Billy, obligándole a dar la vuelta.

Margaret dio un grito, al descubrir que Billy Coward se había clavado su propia navaja en el pecho, hasta la empuñadura.

La sangre ya brotaba a borbotones.

Billy Coward tenía los ojos extremadamente abiertos y parecía mirar al techo. Pero ya no veía nada.

El acero le había traspasado el corazón. El falso Satán estaba muerto.

EPILOGO

Jerry Flavin llamó al teniente Brannon, quien se personó en su apartamento pocos minutos después, acompañado del hosco sargento Dyson.

El periodista les informó de todo, mientras el cadáver de Billy Coward era retirado por dos camilleros.

Cuando la policía se marchó, llevándose el disfraz de demonio de Billy Coward, hallado en la azotea, y el pequeño transmisor que éste ocultara en el dormitorio de Jerry Flavin, el periodista miró a Margaret Durren y sugirió:

—¿Vamos a ver a Olivia Grant, Margaret?

—Sí, Jerry. Se sentirá mucho mejor al saber que no fue Satán quien la atacó, sino un tipo disfrazado de demonio. Lo malo es que mi blusa sigue teniendo un tirante roto... — recordó la muchacha.

—Te compraré una por el camino, no te preocupes.

—¿Y qué me pedirás a cambio? —preguntó Margaret, maliciosa.

—Ya lo pensaré —sonrió Jerry.

—Corro a vestirme.

Mientras Margaret se ponía la falda, la blusa y los zapatos, Jerry se metió en el cuarto de baño y se mojó la cara, señalada por los puños de Billy Coward, aunque no excesivamente.

También se limpió la herida que Billy le produjera en la cabeza, con el mango del tridente.

Minutos más tarde, Jerry y Margaret visitaban a Olivia Grant en el Centro Médico.

La escritora, en efecto, se tranquilizó no poco al enterarse de que fue herida y quemada por un falso Satán.

De todos modos, se juró a sí misma que no volvería a escribir otro libro sobre Satán, ni humorístico ni serio.

—He comprendido que con el demonio no se juega, Jerry —dijo—. Billy Coward no era Satán, pero no hay duda de que lo llevaba dentro. Seguro que fue él quien le obligó a actuar así. No, no volveré a escribir nada sobre Satán, puedes estar seguro.

Jerry Flavin dejó a Margaret Durren con Olivia Grant y él fue a la redacción de su periódico.

«The Boston Herald» lanzaría una edición especial, para informar a sus lectores de lo ocurrido aquella mañana.

Un par de horas después, Jerry recogía a Margaret en el Centro Médico.

—¿Adónde vamos, Jerry? — preguntó la muchacha.

—En primer lugar, a comer algo.

—Gran idea, porque yo tengo un hambre espantosa.

—¡Y yo! — rió Jerry.

Saciaron su apetito en el mismo bar del Centro Médico. Al salir de él, Margaret inquirió:

—¿Adónde vamos ahora, Jerry?
—A casa de Olivia Grant — respondió el periodista.
—¿A qué?
—A recoger tus cosas.
—¿Y adónde las llevaremos?
—A mi apartamento, naturalmente.
—¿Voy a vivir contigo?
—Hasta que Olivia Grant abandone el Centro Médico.
—En tu apartamento sólo hay una cama, Jerry —recordó la joven.
—La compartiremos como dos buenos amigos —sonrió el periodista.
—Eso no está bien, porque tú eres un hombre y yo una mujer.
—Ya hemos dormido juntos una noche, y no pasó nada.
—Pero estuvo a punto de pasar.
—Sólo hubo caricias, y fueron todas relajantes.
—Acabarán siendo excitantes, lo sé.
—No pienses más en eso. Si.
Ese fue el consejo que le dio Jerry a Margaret, pero la joven no pudo dejar de pensar ni un instante en lo que pasaría aquella noche.
Y la noche llegó.
Margaret se acostó primero.
Se había puesto un suave camisón rosa, atrevidamente corto. Jerry no sabía si era corto o largo, claro.
Cuando él entró en la habitación, Margaret se cubría con la sábana hasta el cuello. Jerry, que se había puesto el pijama en el cuarto de baño, carraspeó levemente y se metió en la cama.
—¿Apago la luz, Margaret?
—¿No tienes ganas de leer un rato? — sugirió ella.
—A mí no me gusta leer en la cama.
—Pues deberías hacerlo. No sabes lo que tranquiliza los nervios.
—¿Y quién está nervioso?
—Yo.
—¿Y tengo que leer yo, para que te tranquilices tú?
—Mientras estés leyendo, no pensarás en otras cosas.
—No pretenderás que me pase toda la noche despierto y con un libro en las manos, ¿verdad?
—Sería una solución, sí.
—Los seres humanos necesitamos dormir, Margaret.
—Te autorizo a que te duermas, pero sin soltar el libro.
—Tú lo que quieres es que tenga las manos ocupadas, ¿no es eso?
—Exacto.
—¿Tanto miedo les tienes...?
—Miedo, es poco; les tengo pánico.
—Porque pueden hacerte perder la cabeza, ¿eh?
—Y lo que no es la cabeza. Jerry entornó los ojos.

—¿Debo entender que tú todavía no...? La muchacha se mordió los labios.

—Eres el primer hombre que se acuesta conmigo, te lo juro.

—Margaret... —musitó el periodista, incrédulo.

—Quizá te parezca una tonta, dados los tiempos que corren, pero yo reservaba mi virginidad para el hombre que me quisiese de verdad y desease casarse conmigo.

Jerry deslizó su mano por debajo de la sábana y la posó sobre la cadera femenina, por encima del camisón.

—¿Te gustaría que fuese yo ese hombre, Margaret? El rostro de la joven resplandeció.

—¿Me lo preguntas en serio, Jerry?

—Muy en serio.

—Entonces, te diré que me encantaría. Jerry la besó en los labios.

Margaret le ciñó el cuello y le devolvió la caricia. Cuando separaron sus bocas, Jerry preguntó:

—¿Puedo apagar la luz, Margaret?

—Ya tardas —le sonrió amorosamente ella.

—¿Que me harías si ahora te dijese que me apetece leer un libro? —bromeó el periodista.

—Te estrangularía.

—No temas, no soy tan idiota —rió Jerry, y apagó la luz.

Un instante después, sus bocas volvían a unirse en un largo y apretado beso. Y es que esta vez, la cosa iba en serio.

Tommy puede dar fe de ello.

¿Que quién es Tommy...?

¡El precioso bebé que nació justamente nueve meses después!

FIN